

# Enfermar, envejecer y morir en los tiempos de Tito a Trajano

Bartolomé SEGURA RAMOS

Universidad de Sevilla  
bsegura@us.es

Recibido: 30 de septiembre de 2006

Aceptado: 7 de marzo de 2007

*A la memoria de Ángel S. R., que murió a las once de la mañana del 28 de junio de 1949, a la edad de dos años, un mes y cuatro días, víctima del tifus exantemático; y de Alfonso S. R., fallecido en 2006.*

## RESUMEN

La enfermedad y su tipología, el envejecimiento y el modo de entender la vejez, y, por último, la muerte, y la manera de tratarla, así como la actitud ante estas tres plagas de la Humanidad de los escritores que describen tales sucesos, son el objetivo de este trabajo, limitado temporalmente al período comprendido entre el acceso de Tito al poder (año 79) y la muerte de Trajano (año 117), es decir, unos cuarenta años escasos, y, desde el punto de vista de los autores considerados, al prosista latino Plinio y a los poetas Marcial, Estacio y Juvenal. El análisis y posible diagnóstico de las enfermedades, la curiosidad por saber cómo los antiguos se enfrentaban a la vejez, así como por conocer la opinión que les merecía, la reacción ante la muerte (desesperanzada o, pese a todo, esperanzada, etc.), son aspectos que constituyen parte primordial de la labor realizada.

**Palabras clave:** Enfermedad. Vejez. Muerte. Tipología. Actitud.

SEGURA RAMOS, B., «Enfermar, envejecer y morir en los tiempos de Tito a Trajano», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* 27, 1 (2007) 87-116.

## To fall ill, to age and to die by the time between Titus and Trajanus

## ABSTRACT

Illness and its typology; ageing and the manner of understanding old age, and, finally, the death as well as how to treat it, and the frame of mind before these three plagues of Humanity from the part of the writers which describe such events, are the target this paper aims at. The work is limited both from the temporal point of view (between Titus and Trajanus, namely, forty years circa), as well as from the point of view of the authors considered, viz., Plinius, Martial, Statius, Iuvenal. Analysis and possible diagnostics of the illnesses; curiosity for knowing how antiquity faced up to old age and its opinion about it; reaction of the writers before the death, are others aspects that constitute a principal part of the achieved work.

**Keywords:** Illness. Old age. Death. Typology. Attitude.

SEGURA RAMOS, B., «To fall ill, to age and to die by the time between Titus and Trajanus», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* 27, 1 (2007) 87-116.

**SUMARIO** 1. Introducción. 2.1. Preámbulo. 2.2. Clasificación de las enfermedades descritas en nuestros autores. 2.2.1. Tuberculosis. 2.2.2. Enfermedades de la vista. 2.2.3. La gota. 2.2.4. Enfermedades ulcerosas-cancerosas, etc. 3. Envejecer. 4. Morir. 4.1. Muertes rápidas (accidentes, infartos, etc.), narradas brevemente. 4.2. Muertes por suicidio. 4.3. Muertes de jóvenes. 4.4. Muertes de niños. 5. Cuestiones de cronología. 6. Referencias bibliográficas.

## 1. INTRODUCCIÓN

Afirma Virgilio en *Georg.*, 3,66-68: *Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi / prima fugit: subeunt morbi tristisque senectus / et labor et durae rapit inclementia mortis* («los mejores días de la vida son los primeros que escapan / a los desgraciados mortales: sobrevienen las enfermedades y la triste vejez / y las fatigas, y sin piedad nos arrebatan la muerte inflexible»).

He ahí, pues, los tres motivos que aparecen en el título de nuestro trabajo, motivos sin duda harto obvios para los seres mortales, puesto que sin más se han unido en nuestras mentes al poeta y a quien esto suscribe. Y para remontarme, siquiera sea brevemente, a la génesis de este estudio, diré que fue una lectura más sistemática de las cartas de Plinio el Joven la que, habida cuenta de la frecuencia con que tales motivos recurrían una y otra vez en las epístolas, así como, sobre todo, la intensidad, sencillez y «realismo» con que aquellas situaciones de enfermedad, envejecimiento y muerte se trataban, me hizo reparar en el asunto que aquí se va a considerar, el cual, con el fin de atender más a una época que a un autor en sí, fue ampliado a otros autores (Estacio, Marcial y Juvenal), de manera que pudiésemos tratar al mismo tiempo una breve etapa de la literatura latina (años 79-119, *grosso modo*), como asimismo los eternos motivos de la salud, la vejez y la muerte en la ascendente historia de la humanidad.

Como es sabido, la historia de la medicina en Occidente comienza (como casi todo) entre los griegos (Macaón y Podalirio, en la *Iliada*, «cirujanos» más que médicos, a decir verdad [Scarborough 1969b, pp. 302 y 306]; también Pitágoras y otros «filósofos» se ocuparon del cuerpo, aparte del alma de los hombres), y sin duda todo el mundo conoce a Hipócrates y ha oído hablar del llamado *Corpus Hippocraticum*, un cuerpo de doctrina reunido en plena época helenística (mediados del siglo III a.C.; más tarde, Galeno de Pérgamo, gran admirador de Hipócrates, crearía una idea de la medicina que habría de durar un milenio [Migliorini 1997, p. 216]), manantial inagotable de la ciencia médica.

Sabido es también que de allí, de Grecia, la medicina griega «en sus adaptaciones helenísticas» (Scarborough 1969b, p. 296) pasó a Roma (donde a lo largo de siglos sólo se conocía una especie de medicina rural, administrada fundamentalmente por el *paterfamilias* [Scarborough 1969b, p. 301]) y a su Imperio, de forma tal que nadie puede ignorar que, a partir de ese momento (siglo II a.C., concretamente), la práctica de la medicina en Roma estuvo en manos casi exclusivamente de los médicos griegos (en el siglo I d.C. eran griegos el 90 % de los médicos de Roma, frente al

10 % restante, que eran romanos; en el siglo II, la proporción era de 75 y 25 % entre griegos y romanos respectivamente; en el siglo III, la relación, todavía a favor de los médicos griegos, es de 66 y 33 % [Andorlini - Marcone 2004, p. 178]).

La reputación social de los médicos en general (si bien Augusto –cuyo médico de cabecera fue Antonio Musa– les concedió a los médicos griegos el derecho de ciudadanía [Scarborough 1969b, p. 297] en un intento de elevar la consideración de los mismos en la sociedad romana) era bastante negativa, en muchos casos provocada por la mala fama que, debido a la práctica de la cirugía (en 219 a.C. vino a Roma un médico griego llamado Arcágato, al que se llegó a conocer a través de los siglos como el «carnicero» [Nutton 2004, p. 161]) y a la administración de fármacos, que acababan matando al enfermo, acompañaba a la actividad médica.

Mas, con todo, pese a que la medicina era originalmente griega, he aquí que la «latinización» de la misma fue fundamental para la suerte que habría de correr esta ciencia<sup>1</sup>.

A propósito de la «medicina romana», es inevitable hablar de Aulo Cornelio Celso (*floruit* en tiempos de Tiberio), un hombre enciclopédico, que, aparte de escribir sobre otros asuntos, nos dejó ocho libros sobre medicina, precedidos de un largo preámbulo (*Praefatio o Prooemium*), y que, al igual que Cicerón aspiró a poner al alcance de un público romano la filosofía griega, pretendió, por su parte, hacer lo mismo con la medicina. En efecto, nuestro ilustre médico romano (citado por grandes escritores de la edad coetánea o siguiente a la suya: Columela, Quintiliano, Plinio el Viejo, que lo cita 24 veces [Scarborough 1969b, p. 300]) traduce del griego, utilizando una vasta bibliografía: Hipócrates de Cos, Asclepiades de Bitinia (amigo de Cicerón y maestro del citado Antonio Musa), Erasístrato, Temisión, Diocles de Caristo, Heraclides de Tarento, Megete, Herófilo, Casio, Evélpido, y todo esto en un latín puro y elegante. Leyendo a este autor (y, por tanto, a los griegos que traduce y adapta al latín) se echa de ver cuán modernos resultan infinidad de conceptos que hoy día son tenidos en cuenta en la medicina actual. ¿O no suena a moderna la recomendación, ya desde Hipócrates, del «andar» como la más natural de las actividades físicas (*cf.* la *exercitatio* y *ambulatio* que recomienda Séneca [Migliorini 1997, pp. 33 y 81])? ¿O el aserto de que no hay «enfermedades, sino enfermos» (*Prooe.*, 33), conforme con el principio o base de la medicina de Rufo de Éfeso (posterior a nuestro autor): «no somos por naturaleza iguales; nos diferenciamos mucho unos de otros» (Nutton 2004, p. 209)? Además, Celso dividía la medicina en tres partes (*Prooe.*, 9: *isdemque temporibus in tres partes medicina diducta est*): dietética (*quae uictu ... mederetur*), farmacéutica (*quae medicamentis*) y cirugía (*quae manu*), exactamente igual que hace la ciencia médica de nuestro tiempo.

---

<sup>1</sup> Cf. Nutton 2004, p. 157: «Without this development it is possible that Greek medicine would have remained on the same level of importance to us as that of the Babylonians or Egyptians, an interesting, if somewhat tangential, object of historical study. In latin dress, Greek medical theories continued to be studied, applied, challenged and defended in Western Europe well into the nineteenth century». Y más adelante (p. 171): «The passage of Greek medicine into the Roman world was now so complete, with the same theories and often the same medicaments circulating in Latin as well as in Greek, that one can now truly begin to talk of Roman medicine as something that could be found across the Empire without any distinction of language».

En tiempos de Celso existían cuatro escuelas o *sectae* médicas: empírica, dogmática, pneumática y metódica (Migliorini 1997, p. 16; Conde 1996, pp. 24-25). Esta última fue «bilingüe» y constituyó «la más importante contribución romana a la medicina» (Nutton 2004, p. 187) y «la teoría médica dominante a través del mundo romano durante al menos tres siglos», llegando a influir en la medicina medieval más que el hipocratismo galénico (Nutton 2004, 188). Pues bien, tanto Celso como Galeno (siglo II), quien llama a los metódicos «asnos tesalios» (por Tésalo de Trales, un «médico campeón» –*iatronikes*–, del siglo I d.C. asimismo– que defendía esta escuela [Nutton 2004, 189 y 187]) censuran y rechazan este método curativo.

Algo posterior a Celso (de la época de Claudio) es Escribonio Largo, un siciliano bilingüe que escribió unas *Farmacopeas (Pharmacopolaes)* o *Compositiones medicamentorum*, esto es, unas 271 recetas de plantas (Dioscórides de Anazarbo [= Anazarba, al SE de la Turquía actual], que se hallaba en Siria en el año 63, llegó a conocer hasta 700 plantas con poderes medicinales [Nutton 2004, p. 174]), con las que, aparte de aspirar a sanar (definió la medicina como una *scientia ... sanandi non docendi* [Conde 1996, p. 54]), contribuyó a la creación y consolidación del léxico latino medicinal (Migliorini 1997, p. 19)<sup>2</sup>; él expresó en latín la equivalencia al «juramento hipocrático», a saber, (*medica*) *professio*, tras la cual «el médico adquiere deberes con la medicina»; Nutton 2004, p. 174). Dedicó la obra al poderoso liberto de Claudio (Gayo Julio) Calisto (año 47/48).

También Séneca se preocupó hondamente por la medicina. Sus motivos tenía: padecía asma (= disnea o *suspirium*), a la que el filósofo denominaba *meditatio mortis* (Migliorini 1997, p. 60); catarros crónicos, problemas de la vista, gota; y sufría frecuentes desvanecimientos. En muchas de sus cartas a Lucilio, así como en algunos de sus diálogos, el filósofo cordobés reitera su opinión sobre la medicina, que como en el caso de Persio (Migliorini 1997, p. 128: «en la tradición cínico-estoica era habitual el paralelo entre vicios del cuerpo y del alma»; en ella se unen los conceptos de *admonitio* filosófica y medicina), siempre lleva aparejada la consideración de la salud del cuerpo y la salud del alma. Por otra parte, en él se reflejan «las actitudes romanas generales cuando escribe que el doctor debe ser un amigo del paciente» (Scarborough 1969b, p. 301); así también en *De benef.*, 6,16,1-4, insiste en la idea del *medicus amicus* (Migliorini 1997, p. 18). Séneca, que debió leer a Celso (Migliorini 1997, p. 90), también contribuyó a fijar el vocabulario médico en latín: palabras como *ardere*, *arere*, *siccare* (mediante un fármaco), *consumere* (por obra de la *tabes*), *inhaerere* (dicho de cortar la fiebre), o *lippitudo*, *ptisis*, *podagra*, *accessio*, *exasperare*, *secare*, *percutere uenam*, o acerca del dolor, *dolor*, *tormentum*, *querela*, *uerminatio* (Migliorini 1997, pp. 88,91 y 93, respectivamente) hallan frecuente uso en él, y a través de él pasan al acervo común del vocabulario latino para expresar conceptos medicinales.

Plinio el Viejo, aunque tampoco es médico, trata ampliamente de la medicina, en especial en los libros 20-27,28-32,33-37. «Ofrece un gran número de remedios, fármacos y fórmulas mágicas» (Conde 1996, pp. 54-55). «En su obra muestra una gran aversión por los médicos griegos que ejercen en Roma» (*id.*, *ibid.*; cf. también Andorlini - Marcone 2004, p. 181).

<sup>2</sup> Cf. también Conde 1996, pp. 55-56.

Plinio el Viejo muere el año 79, víctima de la erupción del Vesubio, como describe pormenorizadamente su sobrino, Plinio el Joven, en una carta a Tácito (6,16). Ahí comienza justamente el período al que nosotros hemos prestado atención. ¿Qué obra médica nos queda de este período? Pues ninguna obra de la que se tenga constancia. Únicamente conocemos el nombre de varios médicos: a) Lucio Arruncio Sempronio, médico de Domiciano (*cf.* Dessau *ILS* 1842 *Imperatoris Domitiani medico*); b) tres médicos más de la época de Trajano: b1) Arquígenes, discípulo de Agatino, médico amigo de Persio; b2) Estatilio Critón; b3) Rufo de Éfeso, a quien hemos hecho referencia más arriba. Y esto es todo, por lo que hace a la ciencia médica del momento. Mas no olvidemos que tanto Plinio como Marcial hablan continuamente de médicos, y que el primero da el nombre de algunos de ellos, como veremos en su momento.

Teniendo en cuenta, pues, que ya en el siglo II aparecerá la gran figura de Galeno de Pérgamo, hemos de deducir razonablemente que la medicina en tiempos de Marcial, Estacio, Juvenal y Plinio, es prácticamente la misma que, a grandes rasgos, hemos sintetizado en las líneas precedentes, esto es, la medicina de los griegos adaptada al mundo romano, técnica y léxicamente, por los escritores latinos Celso, Escríbonio Largo, Séneca, Plinio, y practicada por los médicos griegos y romanos (en la desigual proporción en que éstos se encuentran, según hemos indicado más arriba), y que se verá plasmada, esperemos que convenientemente, en el análisis del material literario que ofrecemos.

Ahora resta exponer someramente lo que podríamos denominar «actitud» del escritor romano ante el hecho ineluctable de la enfermedad, la vejez y la muerte, a tenor de las referencias que a tales procesos y acontecimientos el autor en cuestión hace en sus respectivas obras. Es decir, ¿qué «tienen que decir» Estacio, Marcial, Juvenal, Plinio, acerca de estos males que asolan a la humanidad y que a ellos tocan de cerca, por razones de familia, de amistad, o directamente en persona? ¿Cómo es su reacción? ¿Fría, burlona, sentimental, patética, sensiblera, artificial, sencilla, veraz, exacta, resignada, airada? Pues bien, en cuanto dejemos constancia, en la medida de nuestras fuerzas, de la reacción de los autores ante estos hechos inexorables, pasaremos a dar cuenta del material literario, tal como en sus correspondientes obras lo hallamos, cumpliendo así con el objetivo propuesto.

Empecemos por Plinio. Este escritor se muestra sensible y manifiesta enorme pena en el caso de enfermedad de sus libertos, Zósimo y Encolpio (6,9 y 8,1), a quienes tanto aprecia por sus buenas cualidades de lectores de los libros que agradaban al autor, y consternado en el caso del aborto de una sobrina de su esposa (8,11). Cuando la mujer, Calpurnia Hispula, marcha a Campania a curarse de su enfermedad (6,4), el escritor declara (3-5): «Te echaría de menos no sin preocupación, incluso si te encontrases bien; pues resulta angustioso e inquietante no saber nada durante un tiempo de la persona que amas apasionadamente. Ahora no sólo tu salud, sino también tu ausencia me atemorizan con una inquietud incierta y cambiante. Todo me causa temor, me lo figuro todo, y como es natural en las personas atemorizadas, las cosas que más espanto me causan son las que más frecuentemente imagino» (trad. González).

En 3,1 veremos cómo Plinio venera una vejez como la de Espurina, vejez que anhela para sí mismo. Y es que la vejez no es para Plinio una edad inútil, triste y decrepita, sino una fase pacífica y fructífera de la vida, como se manifiesta en ésta y en otras epístolas.

Por último, la muerte de sus amigos causa al escritor un hondo pesar (*cf.* 2,1, con motivo de la muerte de Virginio Rufo), que en ocasiones va acompañado de amargas reflexiones, en especial, cuando tales muertes son fruto del suicidio, como en el caso de Silio Itálico (3,7) o Corelio Rufo (1,12). Aunque Virginio Rufo ha muerto bastante viejo (83 años), «es necesario», afirma el escritor (10-11), «que yo lllore en tus brazos su muerte, como si se tratase de un hombre joven, si de verdad es lícito llorar o incluso llamar muerte al desenlace que ha puesto fin a la existencia mortal más que a la vida de un hombre semejante. Vive y vivirá siempre, e incluso ocupará un lugar más amplio en el recuerdo y las conversaciones de los hombres, después de haber desaparecido de nuestra vista» (trad. González). Y a raíz del suicidio de su buen amigo Corelio Rufo (1,12) leemos (1-2): «Corelio Rufo ha muerto, y por cierto por su propia voluntad, lo que exacerba aun más mi dolor, pues la muerte que no se debe ni a la naturaleza ni al destino es sin duda la más luctuosa. En efecto, cuando una persona termina sus días por una enfermedad, existe un gran consuelo por su misma inevitabilidad; pero cuando se trata de personas a las que arrebatara una muerte provocada, el dolor resulta entonces inconsolable, porque pensamos que habrían podido vivir aún más tiempo» (trad. González).

Marcial, por su parte, manifiesta una actitud diferente, según la edad de la persona que enferma o fallece, y según el tipo de muerte, en cada caso: a) ante los suicidios valerosos declara su admiración (1,13, suicidio de Arria y Peto; 1,42, Porcia, esposa de Bruto; 1,78, Festo, enfermo de una enfermedad incurable); b) a la muerte de hombres jóvenes manifiesta su consternación y su dolor (1,101, muerte de Demetrio, esclavo del poeta, de 19 años; 6,85, muerte de Rufo Camonio, un joven de 20 ó 25 años, en Capadocia; el poeta trasluce su afecto cuando dice (1-2): «Ya sale a la luz mi sexto libro sin ti, Rufo Camonio, / sin esperanza de tenerte como lector, amigo mío»; 9,30, muerte de Antistio Rústico, otro joven fallecido en Capadocia); c) cuando la muerte afecta a los niños, el poeta deja abierta constancia de su ternura (1,114 y 116, epigrama referido a la niña Ántula; 7,96, muere el niño de dos años y medio Úrbico; 11,91, muere Cánace, una niña de siete años; 6,28 y 29, muere Glaucias, de 13 años; y, sobre todo, los tres epigramas dedicados –en mayor o menor medida– a Erotión, la pequeña esclava del poeta –seis años mal cumplidos–, de la que incluso se despide nueve años después de su muerte, cuando el poeta abandona sus tierras para marcharse definitivamente a su tierra en España (10,61). De esta niña dice (5,34,1-3): «A ti, Frontón, padre, y a ti, Flacila, madre, os encomiendo / esta niña, mi encanto y mis delicias, / para que la pequeña Erotión no tiemble de miedo ante las negras sombras»; (7-8): «Que juegue retozona entre tan viejos patronos / y balbucee mi nombre con ceceante boca»; (5,37,14-17): «Todavía en la tumba reciente se mantiene tibia Erotión, / a la que la ley amarga del peor de los hados / me robó en el sexto invierno, todavía no cumplido, / mi amor y mi alegría y mi solaz»; (10,61,2-4): «[Erotión] que murió por un crimen del hado en su sexto invierno. Tú,

quienquiera que seas tras de mí el dueño de mi pequeño campo, / ofrenda a sus pequeños manes el tributo anual» (trad. Montero).

La muerte de Glaucias inspira a Estacio tristes pensamientos (2,1,209-212): «Ves que todo / perece o ha de perecer: fenecen las noches y los días / y las estrellas, y su maquinaria no sirve de nada a la tierra firme. / Pues la humanidad es una raza mortal». De Priscila (5,1) la joven esposa de Abascanto, muerta en plena juventud, afirma el poeta (154-157): «¿De qué sirve la honradez o la fidelidad casta, de qué haber venerado / el poder de los dioses? Los hilos sombríos de la muerte / cercaron por doquier a la desgraciada, tensáronse los duros lizos / de las Hermanas, y resta la parte última del hilo agotado»).

## 2. ENFERMAR

### 2.1. PREÁMBULO

«A otros, penosas dolencias / los consumen» (Semónides de Amorgos, 1 D, 12-13).

*His amor exitio, furor his et saeva cupido, / ut sileam morbos:* ‘de unos el amor es su perdición, de otros, la locura y cruel ambición; para no hablar de las enfermedades’ (Estacio, *Sil.*, 2,1,214-215).

En 7,1, preocupado Plinio por la pertinaz enfermedad (*pertinax ualetudo*) de su amigo Gémino, sabedor de cuán equilibrado es, le recomienda resistir pacientemente (*patienter resistere*), porque ése es el comportamiento «loable y saludable». Y a continuación le explica detalladamente cómo piensa él, Plinio, conducirse, en caso de caer enfermo (*si forte in aduersam ualetudinem incidero*): a) en primer lugar, espera que en tal caso no deseará nada que le haga avergonzarse o arrepentirse, y que si la enfermedad lo vence no se le suministre nada, si no es con el permiso de los médicos; b) y, en efecto, enfermo en una ocasión y presa de una fiebre alta, cuando, tras bajar la misma y recibir un masaje, el médico le daba una bebida, pidió que le tomaran el pulso, y rechazó la copa que ya se llevaba a los labios; c) después de veinte días de enfermedad, renunció al baño porque advirtió cierta reticencia en los médicos, «rechazando plácida y suavemente la esperanza del baño, al cual me parecía que ya me llevaban, adapté mi ánimo y la expresión de mi cara a la renuncia (*abstinentia*), igual que instantes antes al baño». Y termina la carta con estas palabras: «Te escribo esto no sólo para ponerte un ejemplo, sino para obligarme yo mismo en el futuro a semejante autocontrol» (*temperantia*).

De manera similar, en 1,22, Plinio describe admirado la capacidad de resistencia de su querido amigo Ticio Aristón, aquejado también, como Gémino, de una *pertinax ualetudo*. Dice (1,22,7): «Si estuvieras aquí, te quedarías admirado: a) del aguante (*patientia*) con que soporta (*toleret*) esta enfermedad; b) de cómo pospone saciar la sed (*sitim differat*); c) de cómo pasa el acceso insufrible de la fiebre sin moverse y tapado por completo». «Hace poco», continúa narrando Plinio (8-11), «nos reunió a mí y a unos pocos amigos para que preguntásemos a los médicos sobre el estado real de su enfermedad, con la intención de abandonar la vida, si era incurable, pero si sólo difícil y

larga, resistir y mantenerse firme ... Semejante actitud yo la considero dura y digna de la mayor alabanza, porque decidir suicidarse siguiendo un impulso y el instinto es común a muchos, pero deliberar y sopesar las causas de la decisión y, según aconseje la razón, tomar la decisión de vivir o de morir, esto es propio de un espíritu colosal. Pues bien, en este caso, los médicos nos han prometido un feliz desenlace...».

En 7,26, nuestro autor afirma que «el estado de postración de un amigo le ha recordado que somos mejores mientras estamos enfermos». En efecto, a) al enfermo no le afecta ni la avaricia ni la lujuria (*avaritia, libido*); b) no es esclavo de los amores, ni apetece honores, desprecia las riquezas, y tiene bastante con un poquitín, puesto que lo ha de dejar; c) tiene presente que existen los dioses y que él es un hombre, no envidia a nadie, no admira ni desprecia a nadie, ni presta oídos a la difamación; d) sólo sueña con baños y fuentes, siendo ésta toda su preocupación, y promete llevar una vida plácida, confortable, inofensiva y feliz. En resumidas cuentas, dice Plinio, «debemos perseverar en ser, estando sanos, como prometemos ser estando enfermos».

Ya años antes, Séneca, en el que, como en Persio (*cf. supra*, p. 90) siempre hay un paralelo entre alma y cuerpo, y para quien el filósofo es, principalmente, el psiquiatra y director espiritual de la época moderna, hallamos la siguiente afirmación, que obra en la misma línea (*De uita beata* 17,4): «No he recobrado la salud, y ni siquiera la recobraré; me preparo un alivio, más que un remedio para la gota, contentándome con que el dolor me entre más de tarde en tarde y me torture menos».

## 2.2. CLASIFICACIÓN DE LAS ENFERMEDADES DESCRITAS EN NUESTROS AUTORES

### 2.2.1. TUBERCULOSIS

Celso (3,22,3), hablando de las tres variedades de *tabes* o consunción, afirma: *tertia est longeque periculosissima species, quam Graeci pthisin nominarunt*; y la describe así: *oritur fere a capite; inde in pulmonen destillat; huic exulceratio accedit; ex hac frebricula leuis fit, quae etiam cum quieuit, tamen repetit; frequens tussis est, pus excreatur, interdum cruentum aliquid*.

Marcial (2,26), a propósito de una tal Nevia, hace también una descripción ideal de la hemoptisis: a) respiración quejumbrosa (*querulum spirat*); b) tos bronca (*acerbum tussit*; *cf.* también 11,86,1-2: *leniat ut fauces, quas aspera uexat / adsidue tussis*; 5: *at tu non cessas totis tussire diebus*; 1,10: Maronila –también– *tussit*); c) emisión de esputos (*mittit sputa*). Todo lo cual llevará a la mencionada mujer, irremisiblemente, a la muerte (*moritur*).

Plinio describe tres casos de esta enfermedad. El primero (7,19) nos ofrece también una buena descripción de los síntomas (*notae* o *signa*; *cf.* Virgilio, *Georg.*, 3,440: *morborum quoque te causas et 'signa' docebo*). Se trata de Fannia, hija de Trásea Peto, esposa de Helvidio, quien contrae la enfermedad cuidando a la vestal Junia, que la había contraído previamente. Plinio resume sus síntomas: a) la ha invadido la fiebre (*febres insident*); b) aumenta la tos (*tussis increscit*); c) ha adelgazado muchísimo (*summa macies*); d) se halla completamente postrada (*summa defectio*).



El segundo caso es de un liberto suyo, Zósimo (5,19). Este Zósimo es lector de Plinio, actividad que realiza *acriter, sapienter, apte, decenter etiam* (7,19,3). Pero es que además *tam commode orationes et historias et carmina legit* (*ibid.*). Pues bien, ya con anterioridad, unos años antes, había echado sangre, «mientras leía [obras a Plinio] con énfasis e intensidad» (6). Entonces, se curó haciendo un largo viaje (*post longam peregrinationem*) a Egipto (así lo recomendaba Séneca: *mutata regio* [cf. Migliorini 1997, p. 33] y Celso 3,22,8: *opus est si uires patiuntur longa nauigatione, caeli mutatione [...] aptissime Alexandriam ex Italia itur*). «Más tarde, mientras hacía un esfuerzo excesivo con la voz durante varios días seguidos, una tosecilla le recordó su antigua enfermedad y volvió a echar sangre» (*ibid.*). Esta es la razón por la que Plinio le escribe a su amigo Valerio Paulino, porque tiene la intención de enviar a su liberto a la casa que el amigo posee en Fréjus (*Forum Iulii*), dado que en ese lugar «el aire es saludable y hay leche muy apropiada para este tipo de curas» (7).

El tercer caso es el de otro liberto, Encolpio (8,1). Durante un viaje, probablemente a la villa Toscana de Plinio, se le ha inflamado la garganta a causa del calor y del polvo, y ha escupido sangre (2: *sanguinem reiecit*). Después, se le ha detenido la hemorragia y se le ha calmado el dolor (3: *stetit sanguis, resedit dolor*). Plinio espera que el aire puro, la tranquilidad y el reposo puedan curarle<sup>3</sup>.

### 2.2.2. ENFERMEDADES DE LA VISTA

Juvenal (10,217 ss.) se refiere a la pérdida de visión en los ancianos. Plinio (4,22,5) habla de un ciego, Catulo Mesalino, «que, privado de la vista, había añadido a su cruel carácter los males de la ceguera» (*qui luminibus orbatus ingenio saeue mala caecitatis addiderat*). En 7,21, este mismo autor narra la conjuntivitis que ha padecido (*infirmetas oculorum*; Séneca [*Epist.* 64,8] recomienda colirios para estos casos: *hoc asperitas oculorum conleuatur; hoc palpebrarum crassitudo* [= *lippitudo*: ‘inflamación ocular que provoca flujo humoral’: Migliorini 1997, pp. 64 y 68] *tenuatur; hoc uis subita umorum auertitur*), por lo cual «viaja en una carroza cubierta por todas partes, se priva, aunque con dificultad (*difficulter*), de leer y escribir». (1); Pasa el tiempo «dentro de una habitación en penumbra, y en el pórtico consigue que haya una mezcla de sombra y de luz, mediante el cierre de las ventanas inferiores» (2; también porque, a indicación de Séneca, hay que evitar el aire y el frío: *Epist.*, 94,20 *adflatum et uim frigoris in os occurrentis euita*; [Migliorini 1997, p. 69]). De este modo, «poco a poco se acostumbra a la luz, se baña, porque es conveniente, y toma vino, porque no es dañino, aunque en pequeñas cantidades» (3). Por último, para mostrar que, aunque aún *lippus*, ya va viendo bien, hace saber a su amigo que ha comprobado ¡lo gorda que es la gallina que le ha enviado! (4).

<sup>3</sup> Para estos libertos-lectores de Plinio que enferman, especialmente, de tisis, y la pena que en el amo provoca la enfermedad, cf. Cicerón, *Att.* 15,1,1.; *Fam.* 13,20 (Conde 1996, p. 21).

### 2.2.3. LA GOTA

Acerca de la podagra ya hemos visto cómo Séneca (*supra*, p. 94), paciente de la misma durante toda la vida, nos hablaba de «un alivio, más que un remedio contra el dolor, contentándose con que el mal le ataque de vez en cuando y le cause menos sufrimiento» (*De uita beata* 17,4). También en otras ocasiones se refiere a la misma enfermedad: por ejemplo, en *Epist.*, 95,16, habla de *retorridi digiti* (se trata de la variante llamada 'quiragra') *articulis obrigiscentibus* (Migliorini 1997, p. 48); en *Epist.*, 78,19, la describe como *artus in diuersum articulis exeuntibus tortos* (Migliorini 1997, p. 49); en *Epist.* 53,6, la describe pormenorizadamente: a) duelen los pies; b) las articulaciones acusan las punzadas (*articuli punctiunculas sentiunt*); c) se tiene *distortos / tortos artus / pedes*; todavía en *Epist.*, 78,8-9 se añade el *uertebrrarum dolor*. Un verbo apropiado para describir la sensación de la gota es también *obtupesco* u *obtorpesco* (griego *katanarkáomai*; *narkódes pónos*). Por su parte, Arquígenes (*cf. supra*, p. 4), médico de la edad de Trajano y discípulo de Agatino, que fue amigo de Persio (muerto en 62), explicaba la enfermedad «como una torsión real y dolorosa de los tendones», que es la misma explicación que hallamos en Galeno (vivió entre 129 y 200): τὰ δὲ νεῦρα διατείνεται τε καὶ σκληρύνεται συστρεφόμενα (Migliorini 1997, pp. 50-51).

Plinio nos cuenta un caso claro de podagra (*pedum dolor*) en 1,12. Se trata de su amigo Corelio Rufo, que padece la enfermedad desde los 32 años, y ya tiene 67 años. Corelio había heredado la enfermedad de su padre (4: *patrius hic illi; nam plerumque morbi quoque per successiones quasdam, ut alia, traduntur*). El régimen que seguía para combatir el terrible dolor era: a), mientras fue joven, con ayuno (*abstinentia*) y sobriedad (*sanctitas*); b) cuando se hizo mayor, con la fuerza de su espíritu, pese a que la enfermedad le causaba «increíbles tormentos e indignos sufrimientos» (5: *incredibilis cruciatus et indignissima tormenta*), «pues el dolor ya no sólo le afectaba a los pies, sino que se le había extendido a todos los miembros» (6: *iam enim dolor non pedibus solis, sed omnia membra peruagabatur*). *Cf. supra* el *dolor uertebrrarum*, y las declaraciones de Séneca, víctima crónica de la enfermedad.

En 8,18,8-9, el mismo Plinio nos describe el estado de un paciente, cuya enfermedad, al menos en el origen, también podría haber sido la gota, si bien el agravamiento posterior le deja prácticamente inmovilizado en la cama, como a un paralítico (pero *cf.* lo dicho de Corelio Rufo en la última fase de la enfermedad). El enfermo en cuestión se llama Domicio Tulo, un hombre rico con quien se casa una mujer abnegada, que le cuida en su extrema postración. Dice Plinio: «Retorcido y quebrantado en todos sus miembros, ni siquiera se podía mover en el lecho, a no ser con ayuda ajena, e incluso tenían los demás que lavarle y limpiarle los dientes».

### 2.2.4. ENFERMEDADES ULCEROSAS-CANCEROSAS, ETC.

A propósito de ciertas enfermedades que aparecen en los epigramas de Marcial, Peyer y Remund, descorazonados sobre la posibilidad de diagnosticarlas correctamente, afirman (24): «Die Krankheitszustände, die bei Martial Erwähnung finden, sind medizinisch nicht immer leicht zu definieren [...] Die nur kurze Andeutungen der

Symptome und des Verlaufs erlauben selten eine eindeutige Interpretation [...] nur mehr oder weniger begründete Vermutungen aussprechen».

Dicha dificultad de diagnóstico de las enfermedades descritas en las fuentes literarias de la Antigüedad resulta fácil de comprender: incluso en el día de hoy, en múltiples casos, no es tan sencillo el diagnóstico, aun contando como contamos con la presencia del enfermo en cuestión. A ello se refieren Andorlini - Marcone (2004, p. 80), poniendo el ejemplo de la peste de Atenas (¿tifus exantemático?; cf. Migliorini 1997, p. 75), descrita por Tucídides en el libro 2 de su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (la cual, por cierto, sirve de base para la descripción de la *funesta pestis* que Séneca hace en su tragedia *Edipo*: «La sintomatología parece apuntar sobre todo a crear un cuadro nosológico más que a delinear una patología creíble» [Migliorini 1997, p. 75]); y los autores la comparan con la reciente pulmonía atípica de China (año 2003); lo mismo pasa con la denominada «peste antonina», que se abatió sobre el Imperio Romano durante el reinado de Marco Aurelio (161-185; de ahí el nombre), pese a haber sido descrita nada menos que por Galeno de Pérgamo. Los autores (81) sugieren que pudo haberse tratado de la viruela. Otro tanto acontece con la peste de Durazzo (*Dyr-rachium*), que estalló en el campamento de Pompeyo durante la guerra civil entre éste y César (Lucano 6,89 ss.). Siguiendo a su tío Séneca, el filósofo, el poeta Lucano hace un detallado resumen nosológico de la peste, que sugiere la erisipela (*ignis sacer* = ‘fuego sagrado’, por el rubor de la piel; para una descripción pormenorizada, cf. Celso, 5,26,31B; Casio Félix –autor del siglo V– 24,40,6, la describe así: *sin uero circa gulae partes fuerit natus* [sc. *ignis sacer*], *praefocationis periculum adfert, cum in toto uultum inflauerit* [Migliorini 1997, p. 109]). Pero tampoco podemos mostrar seguridad a este respecto (Migliorini 1997, p. 108).

Sí sabemos de qué enfermedad se trata en el caso de la muerte de Silio Itálico, puesto que el autor que nos la transmite, Plinio, lo dice sin ambages (3,7,2): *causa mortis ualetudo: erat illi natus insanabilis clauus*. Es decir, Silio murió a causa de un «tumor cerebral», que en latín se denomina *clauus*. Lo cual nos revela de paso desde cuán remoto tiempo se tiene constancia de esta enfermedad.

Complicado es, en cambio, el diagnóstico en los tres casos siguientes, los tres descritos en los epigramas de Marcial, 1,78; 1,101; 11,91, respectivamente.

En el primer caso, Festo enferma de una *tabida pestis* que le ataca la garganta, así como de una *atra lues*, que se extiende por el rostro. ¿De qué clase de enfermedad se trata? Los intérpretes traducen la primera expresión como «cáncer» y la segunda como «corrupción». ¿Cómo se puede saber si es esto?

En el epigrama 1,101, un esclavo de 19 años y en 11,91 una esclavilla de 7 padecen asimismo *lues*, y mueren. En estos casos, el traductor interpreta *lues* como «enfermedad» y «mal», respectivamente. Por tanto, en los tres casos se interpreta *lues* sucesivamente como «corrupción», «enfermedad» y «mal», interpretaciones, por lo demás, perfectamente habituales, como se puede comprobar hojeando un diccionario, de manera que sólo en el primer caso se hace una interpretación algo específica y aclaratoria.

Nuestro poeta, Marcial, califica *lues* de tres maneras diferentes: *atra*, *scelerata* y *horrida*. En el epigrama 1,78 hallamos una guía para interpretar *lues*, por cuanto ésta, *lues*, es equiparada a *pestis*. Ahora bien, resulta que *pestis*, en el diccionario, es

interpretada, en su primera acepción, como *lues* en la segunda, esto es, como «enfermedad contagiosa», «epidemia», «peste», de donde hallamos que *lues* es un término más polisémico que *pestis*. Por tanto, si, como hemos visto, *lues* (1,78) es igual a *pestis*, podemos decir que la segunda acepción especifica a la primera. Por tanto, *lues* equivale a «enfermedad con corrupción».

Naturalmente, continuamos sin adivinar de qué enfermedad se trata. En 1,78, el mal ataca a la garganta y se extiende por la cara. Más o menos lo mismo ocurre en el caso de la niña de 7 años (11,91), pues la enfermedad de esta niña «devora la cara y la boca» (= «un espantoso mal / destruyó su rostro y se apoderó de su tierna boca, / y las crueles llagas devoraron sus mismos besos / y sus labios no pudieron ser entregados enteros a la negra pira»; vv., 5-8). ¿De qué se trata: de cáncer o de lepra? Distinto sería el caso tercero (1,101), puesto que aquí sólo se dice: «contrajo una enfermedad –¿corrupción, tal vez?– que le abrasaba», y el rasgo febril, que es un dato nuevo, parece predominar, y, por tanto, tal vez se trataría de tuberculosis o de sepsis generalizada. Cf. Celso, 5,26,31B: *omnis enim cancer non solum id corrumpit quod occupavit sed etiam serpit...*

Las propuestas de Peyer y Remund son, respectivamente: para 1,78, el caso del adulto (*tabida pestis / atra lues*): a) tuberculosis de laringe; b) lupus; c) carcinoma (= cáncer del tejido epitelial [1928, p. 26]); para el joven esclavo de 19 años (1,101), «mit der *scelerata lues*, an der in jungen Jahren der Sklave Demetrius stirbt, wird wohlh irgend eine schwere Erkrankung bezeichnet worden sein, über deren Natur wir nichts wissen» (p. 27); c) para el caso de la esclavilla de 7 años, Cánace (11,91), «aus der *horrida lues* (...) darf kein sicherer Schluss auf eine bestimmte Krankheit gezogen werden» (1928, p. 26).

Cf., por último, Plinio 6,24,3, donde se dice de la enfermedad de un hombre: *maritus ex diutino morbo circa uelanda corporis ulceribus putrescebat* («el marido se pudría de úlceras por una inveterada enfermedad en lo que son las partes pudendas del cuerpo»). ¿Qué enfermedad es esta? ¿Lupus? ¿Lepra? ¿Gangrena? V. Ófele (citado por Trisoglio *ad loc.*) sugiere que se trata de un caso de sífilis. Sin embargo, Peyer y Remund (p. 28), a propósito de Marcial 11,61 y de la llamada *indecentis morbus* («Geschlechtskrankheit»), afirman: «Martial liefert kein Material für die Frage, ob Syphilis im damaligen Rom existiert habe oder nicht». Y remite a Juvenal 2,50: *Hispo subit iuuenes et morbo pallet utroque*.

## 2.2.5. VARIAS

En 8,11 Plinio dirige una carta a su esposa, Hispula, lamentando el aborto de una sobrina de ésta, en el que la joven ha corrido peligro de muerte (2: *fuit in summo periculo*). Plinio le escribe la carta cuando ya ha pasado el peligro, pero le hace saber: 1º) que ella, la chica, no ha tenido la culpa del aborto, sino que ha estado provocado en alguna medida por culpa de la edad (*nulla sua culpa, aetatis aliqua*; la sobrina podía tener incluso once años de edad al casarse); 2º) que ella, en realidad, no se había percatado de que había quedado embarazada (*ibid.: abortus et ignorati uteri triste experimentum*).

En 2,1, el mismo autor, hablando del famoso general Virginio Rufo, afirma (4) que este hombre, de 83 años, *usus est firma ualetudine, nisi quod solebant ei manus tre-*

*mere*. Juvenal (10,198) dice de los viejos en general: *cum uoce trementia membra*. En ambos casos, hallamos el mismo verbo, *tremere*, una vez referido a las manos, otra, a todos los miembros. ¿No parece claro que con ese «temblor» de manos, o demás miembros, ambos autores se están refiriendo a la enfermedad de Parkinson? Sin duda alguna, diríamos que sí.

De este mismo personaje histórico, hace nuestro meticuloso Plinio una descripción tan a lo vivo y moderna de la fractura de una cadera<sup>4</sup> y de los problemas ulteriores que maravilla. En efecto, en la misma carta (2,1,5), dice de Virginio Rufo el diplomático romano: *per leue et lubricum pauimentum fallente uestigio cecidit coxamque fregit, quae parum apte collocata reluctantate aetate male coiit*. De modo que, en ocasión de preparar la lectura de un discurso en acción de gracias al emperador, al viejo general, que estaba de pie, se le cayó el libro, y cuando fue a recogerlo, «le falló el pie en el pavimento resbaladizo y se partió la cadera; como se la colocaron indebidamente y la edad no ayudaba, se le unió mal». Es decir, las fracturas de cadera se curaban igual que ahora y, de la misma manera, unas veces la operación quedaba bien, y otras, no tanto. A no dudar, estos médicos eran «los Barberos-cirujanos que aprendían de la experiencia y que ejercían las tareas mundanas de la práctica pública diaria, que citan las inscripciones y que reaparecen más tarde» (Scarborough 1969b, p. 306), y que se distinguían nítidamente de los médicos-filósofos de las clases altas.

#### 2.2.6. NOSTALGIA

El culto diplomático romano padece de nostalgia, una enfermedad, sin duda. En 4,24,1-6, con ocasión de un juicio entre los centúviro, «le ha venido el recuerdo (*recordatio*)» de cuando actuó ante el mismo tribunal cuando era joven. Luego, «el espíritu siguió adelante y me puse a pensar en los que había tenido de compañeros en el juicio. Sólo yo quedaba de los de entonces que repitiese juicio en las mismas condiciones que ahora: ¡tan grandes cambios lleva a cabo la fragilidad de la condición humana (*fragilitas mortalitatis*) o la volubilidad de la fortuna! Algunos de quienes habían actuado entonces han muerto, otros están en el destierro; a éste la edad y la enfermedad le han impuesto silencio, este otro goza voluntariamente de un descanso feliz; otro manda un ejército, a ese otro la amistad con el emperador le ha eximido de los deberes políticos. ¡Cuántas cosas alrededor de mí mismo han cambiado! Progresé en mis estudios, corrí riesgos con esos mismos estudios, y de nuevo progresé; me han favorecido las amistades con los buenos, me han perjudicado y de nuevo me han favorecido. Si cuentas los años, el tiempo resulta escaso, pero si cuentas los avatares, dirías que es una eternidad». ¿No es esto pura y enfermiza nostalgia?

Igualmente, considerando el sino de Silio Itálico (3,7,10-13) reflexiona así: «Ha sido el último de los que fueron cónsules con Nerón, que murió siendo él cónsul. Recordando esto (*recordantem*) me entró piedad por la fragilidad humana (*fragilitatis humanae*). ¿Qué hay tan recortado y breve como la larguísima vida del hombre? ¿No se te antoja que hace nada, pero nada, que vivió Nerón? Y es lo cierto que ninguno

<sup>4</sup> Cf. también Juvenal 10,227: *hic coxa debilis*, a propósito de los viejos en general.

de quienes desempeñaron el consulado a sus órdenes queda en pie ya. Ha poco, Lucio Pisón, padre de aquel Pisón que fue muerto en África por Valerio Festo a causa de un crimen tremendo, solía decir que no veía en el Senado a nadie de aquéllos a los que había solicitado el parecer cuando él era cónsul. En tan angostos términos se encierra la duración vital de una multitud tamaña, que no sólo dignas de perdón, sino también de loa se me antojan aquellas famosas lágrimas del gran Rey: pues dicen que Jerjes, al recorrer con la mirada a su inmenso ejército, derramó lágrimas, por cuanto a tantos millares de hombres aguardaba un inminente final».

En 5,16,5, en la triste hora de la muerte de la jovencísima hija de Fundano, Plinio nos confiesa que la niña dio tales muestras de entereza durante la enfermedad que «dejó a todos mayores motivos de nostalgia (*desiderium*) y dolor».

### 2.2.7. DESCONOCIDAS

Y éste, el de la hija de Fundano, es el primer caso de enfermedad de la que el informante no nos deja ni rastro de su sintomatología, por lo cual nos es imposible incluso adelantar una mera hipótesis sobre el tipo de enfermedad que padeció. Sólo nos dice (3) que «la niña soportó la enfermedad con enorme «autocontrol» (*temperantia*), «entereza» (*patientia*) y «presencia de ánimo» (*constantia*).

El segundo caso es el de Julio Valente (5,21,2), el cual *grauiter iacet, quamquam ne hoc quidem triste, si illius utilitatibus aestimetur, cuius interest quam maturissime inexplicabili morbo liberari*. Sólo sabemos que este hombre padece una enfermedad incurable (*inexplicabilis morbus*) y que lo que le interesa, por tanto (*si illius utilitatibus aestimetur*), es librarse de ella. ¿Un *clauus* (tumor cerebral), como en el caso de Silio Itálico (3,7)? ¿Una gota crónica e insufrible, como la de Corelio Rufo (1,12)? ¿Una enfermedad venérea o ulcerosa como la del individuo de 6,24?

También la esposa de nuestro autor, Plinio, enferma (6,4), aunque nada nos dice de la enfermedad el atribulado esposo. Solamente manifiesta su angustia por no poder acompañar a la esposa en su viaje a la Campania (1: *proficiscentem te ualetudinis causa in Campaniam*). ¿De qué estaba enferma la mujer de Plinio, Claudia Hispula?

Si tenemos en cuenta que la mujer debe abandonar Roma y trasladarse a otro lugar (*cf. supra la mutata regio* de Séneca), y que semejante decisión estaba indicada para los casos de hemoptisis (*cf. supra* los casos de Zósimo [5,19] y Encolpio [8,1]); si atendemos a las declaraciones de Plinio respecto a la «recuperación de fuerzas y vigor del delicado cuerpo (*corpusculum*)» de la esposa (2); habida cuenta, además, de que el hecho de dejar marchar a la esposa enferma a Campania, quedando el probo funcionario en Roma, revela que no es la primera vez que la mujer enferma y que, por tanto, dicha enfermedad debe ser crónica; considerando todavía que Calpurnia Hispula falleció, finalmente, todavía muy joven, no parece fuera de lugar estimar que la enfermedad que la esposa de nuestro epistológrafo padecía era, efectivamente, tuberculosis (*cf.*, para terminar, las frases (2): *secessus uoluptates*, que evoca la expresada para situaciones similares en la carta en que se da cuenta de la tuberculosis de su liberto Encolpio [8,1,3]: *secessus quies*; y *regionis abundantia* [*cf. supra*, p. 95]).

En 6,16,19, Plinio, refiriéndose a su tío Plinio el Viejo, y a la forma en que murió en medio de la humareda del Vesubio, nos informa, de paso, de que su tío «tenía la garganta de nacimiento delicada y estrecha y con frecuencia se le inflamaba» (*stomachus, qui illi natura inualidus et angustus et frequenter interaestuans erat*). ¿Amigdalitis crónica? ¿Faringitis?

Por último, como no podía ser de otra manera, también nuestro autor enfermaba. Aparte de la conjuntivitis que ya hemos estudiado (*cf. supra*, p. 95, «Enfermedades de la vista»), en tres cartas hace alusión a lo que parece fue una y la misma enfermedad, grave, por cierto, pero de la que no tenemos sintomatología de ningún tipo. En 10,5, una epístola dirigida al emperador Trajano, dice nuestro autor: *proximo anno, domine, grauissima ualetudine usque periculum uitae uexatus iatralipten adsumpsi*. En 10,11 prosigue: *proxima infirmitas mea, domine, obligauit me Postumio Marino medico*. En 7,1,4-5, Plinio se pone de enfermo ejemplar ante su amigo Gémino, y allí (*cf. supra* p. 93) especifica que padeció una fiebre muy alta, tuvo mucha sed; que a los veinte días pudo bañarse ya, pero le pareció más prudente esperar un tiempo todavía; que en un momento dado recibió masajes, etc.

Por tanto, se trata de una enfermedad: a) que le ha llevado al borde de la muerte; b) en la que ha sufrido una fiebre altísima; c) que le ha durado como mínimo veinte días; d) en cuyo transcurso ha recibido masajes; e) para la que ha sido atendido por dos médicos (7,1,5: *mussantes medicos repente uidissem*), a saber, el egipcio Harpócrates (10,5) y Postumio Marino (10,11), que son precisamente *iatraliptae*, es decir, médicos-masajistas, como los tres que atienden a Trimalión en *Sat.*, 47,1-7. Y es que la «técnica» de la «iatralíptica» (a saber, una gimnasia médica que procuraba movilidad muscular y reeducación funcional [Migliorini 1997, p. 175 ss; *cf.* también Andorlini - Marcone 2004, 143]) alcanzó un gran desarrollo durante la segunda mitad del siglo primero después de Cristo, precisamente.

No sabemos, como ya hemos dicho más arriba, qué clase de enfermedad padeció en esta ocasión Plinio. De lo que no nos cabe duda es de que era de constitución débil (*cf.* 4,9,10: *uerebar ne me corporis uires iterato labore relinquerent*; 3,9,9: *uerebamur ne nos dies, ne uox, ne latera deficerent*), por lo que, muy probablemente, pudo tratarse de algún tipo de afección pulmonar, si bien no necesariamente de carácter hemoptísico.

Por su parte, Estacio describe en *Sil.*, 1,4 «la mortal enfermedad» (109: *letiferas pestis*) que padeció Rutilio Gálico, mano derecha de Domiciano, a los 63 ó 64 años de edad, aunque el poeta aclara que «no por culpa de la edad, pues apenas sobrepasaba los sesenta años» (52-53), y que, no obstante, no le llevó a la muerte: «Este será el día de tu nacimiento» (127). Estacio describe la enfermedad sufrida por el importante funcionario con todo lujo de detalles. En primer lugar, habla de «un repentino peligro» (51), lo cual sugiere que el mal se presentó inesperadamente, de un día para otro, como si dijéramos; en segundo lugar, se nos dice (52) que «el mal avanzaba sin vacilar» («retengamos la rueda, Parcas», pide nuestro poeta a las diosas de la muerte en el verso 63). Por lo tanto, se trató de algo repentino, pero que, una vez que hizo acto de presencia, se desató a toda prisa, causando honda preocupación en todos los que le conocían y apreciaban (117-120: «¡Qué temor día y noche, mientras espío, pegado al quicio de la puerta, con mis oídos y mis ojos en perpetuo estado de alerta!»).

El poeta no nos revela en ningún momento qué clase de enfermedad padeció Rutilio (también es posible que nadie supiese de qué mal se trataba), pero, en cambio, se extiende en los «motivos» del mal (lo que parece contradecir nuestra suposición de que nadie supiese a ciencia cierta de qué mal se tratase), así como en la sintomatología del mismo. Pues afirma (54-58): «La tensión del trabajo (*labor intendens*) y el dominio de su espíritu vigoroso (*animi uigentis*) / sobre el cuerpo, y las preocupaciones vigilantes (*uigiles curae*) en pro de su César / [...] De ahí se deslizó hasta el fondo de sus miembros cansados (*fessos subrepsit in artus*<sup>5</sup>) / una languidez engañosa (*insidiosa quies*) junto a un olvido perezoso de la vida (*pigra obliuio uitae*<sup>6</sup>)».

Hay que reconocer que en pocos lugares de la literatura latina (¡y nos hallamos en la poesía de Estacio, poesía que, en lo que respecta a la seriedad y garantía de los datos nosológicos es para muchos terreno poco de fiar!) hallamos una descripción tan detallada y precisa del proceso de una enfermedad, por más que no se nos diga de qué enfermedad se trata, ni a nosotros nos resulte fácil dilucidar, a ciencia cierta, cuál es.

Pero datos sí tenemos; y muy importantes. Porque se nos explican las causas y se nos describen los síntomas, de tal suerte que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que en principio se trata de una «enfermedad mental, con graves consecuencias físicas». El poeta, en efecto, nos dice con entera claridad que han sido la «tensión del trabajo» y, lo que podemos reescribir con terminología moderna, el *stress* (*uigiles curae*) las causas determinantes de la enfermedad. Por tanto, «fatiga mental» es la causa que ha desatado la postración a que llega el probo funcionario de Domiciano. Pero es que, además, puesto que Estacio detalla con bastante precisión las consecuencias y síntomas de esta enfermedad psíquica («cansancio psíquico», «languidez y abulia», «pereza», «olvido o renuncia al deseo de vivir» y «nubes de un mal sueño»), y dado que, como hemos visto más arriba, el riesgo corrido por el enfermo fue extremo, no parece nada descabellado concluir con que el estado a que llegó Rutilio Gálico, el poderoso ministro del emperador, fue de «coma» o «estado semicomatoso», en el mejor de los casos: estado del que, no obstante, para suerte del emperador y de sus amigos, el enfermo acabaría regresando, para a continuación recuperarse y salvar la vida. A diferencia, por cierto, del padre de Estacio (5,3,257-261; v. *infra*, p. 107) a quien «lo desmadejó un torpe letargo» (*torpor iners*), «una muerte que se asemejaba al reposo» (*mors imitata quietem*), «la cual le llevó al Tártaro bajo la apariencia de un sueño» (*falso ... somno*), es decir, que estuvo en una situación semejante (compárense las expresiones en uno y otro caso) a la de Rutilio Gálico, pero que, por tratarse esta vez, sin duda alguna, de algo orgánico (¿congestión y apoplejía?: la muerte fue muy rápida y nada dolorosa, y «las causas fueron livianas» [*ibid.*]; cuando muere, el anciano es una sombra [281: *umbram ... senilem*]), la enfermedad acabó con él<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Cf. v. 106 «sus miembros ya entregados perezosamente», *positos iam segniter artus*.

<sup>6</sup> Cf. v. 114 «nubes sospechosas de un mal sueño», *suspecta mali ... nubila somni*.

<sup>7</sup> Cf. todavía –para la semejanza entre sueño y muerte– el aspecto que tenía, al decir de su sobrino, Plinio el Viejo, cuando pereció, víctima de las exhalaciones del volcán Vesubio en agosto del 79: *habitus corporis quiescenti quam defuncto similior* (Plin., 6,16, 20).



Añadamos que, teniendo en cuenta que Rutilio debió de sufrir la enfermedad en el año 89, y puesto que en el año anterior, el 88, se habían celebrado en Roma los Juegos Seculares, y Rutilio, como alto funcionario, debió de tomar parte en ellos de una manera decidida e intensa, no es de extrañar que a consecuencia de dicho sobre-esfuerzo acabase cayendo enfermo, como efectivamente le sucedió.

Y especifiquemos, para terminar, los fármacos o medicinas que le fueron suministrados al importante enfermo durante el proceso de su enfermedad (98-105): a) hierbas<sup>8</sup>; b) productos de los arenales de Epidauro (?); c) la flor del díctamo de Creta (habitual remedio vulnerario en la Antigüedad); d) sustancias de ofidios; y e) pócimas de los árabes.

Más brevemente describe Estacio la enfermedad de Fileto, favorito de Flavio Urso (2,6,74-79), a saber: a) hinchazón de los músculos (*impleuit toros*); b) brillo de los ojos (*oculis nitorem*); c) «levedad facial anormal» (*ora leuauit*): la frase sólo podría entenderse teniendo en cuenta lo que afirma el poeta en vv. 78-79, a saber, que (la diosa de la Venganza) «escarbó en la venerable cara del niño», de modo que tal vez se tratase de una enfermedad semejante a las que describe Marcial y que hemos visto más arriba, esto es, una de esas enfermedades que destruyen la cara, como cáncer, lupus, lepra, etc.; d) postración.

Hay que tener presente que este chico (tenía quince años) acabaría muriendo y que, por consiguiente, la enfermedad aquí descrita, cualquiera que fuese en concreto, resultó ser mortal. El «brillo de los ojos» podría deberse simplemente a la fiebre. Pero, ¿cómo compatibilizar la hinchazón de los músculos con la reducción de la cara? ¿O hay que considerar estas afirmaciones como dos fases sucesivas de la misma enfermedad?

### 3. ENVEJECER

Plinio (*Nat.*, 29,15) recuerda de Catón el Viejo: *subicit (Cato) qua medicina se et coniugem usque ad longam senectam perduxerit.*

Celso (1,1) afirma: «El hombre saludable [...] no tiene que atenerse a regla alguna, ni necesita médico ni médico-masajista. Lo que precisa es llevar un tenor de vida variado: estar ora en el campo, ora en la ciudad, pero más frecuentemente en zonas rústicas; navegar, cazar, descansar de vez en cuando, pero más habitualmente ejercitarse, puesto que igual que la inacción embota el cuerpo, el esfuerzo lo robustece, aquélla genera una *vejez prematura*, éste, una *juventud duradera*» (*[ignauia] maturam senectutem, [labor] longam adulescentiam reddit*).

A lo largo de unos cien versos (188-288, de los que alrededor de unos 40 [246-288] están dedicados a poner ejemplos históricos que ilustran la desgracia de una vida larga), Juvenal traza en la sátira 10 lo que bien podríamos denominar una «radiografía de la vejez» (188: *spatium uitae*; 190: *longa senectus*; 265: *longa dies*; 275: *lon-*

<sup>8</sup> Cf. *supra*, p. 90, Escribonio Largo y sus 271 recetas a base de plantas.

ga ... uita) que pone los pelos de punta. Llevado, sin duda, de su afán de poner de relieve lo más siniestro de la vida y la sociedad de los hombres con el objeto de hacer reír a los oyentes o lectores, nuestro satírico, tras anunciar (190-191) «de qué serie de males, y qué grandes (*quam continuis ... et quantis / malis*) está llena una larga vejez», desgrana a lo largo de aquellos versos todos los que a su juicio acompañan a la edad avanzada de los hombres.

He aquí el rosario de desgracias que, según Juvenal, aguarda al hombre en la edad proveccta: 1º) *consecuencia de la edad en sí*: a) el rostro deforme, estropeado, pellejo reseco, mejillas abotargadas y arrugas semejantes a las de los monos (191-195), puesto que «las diferencias entre los jóvenes son muchas, aquél es más bello / que éste, y éste que el otro ..., pero la pinta de los viejos es siempre la misma» (196-198)<sup>9</sup>; b) temblor en miembros y voz (198-199); c) mocos como los niños (199); pérdida de los dientes (200); d) una lata para sí mismo, la esposa y los hijos (201); e) no siente placer ni con el vino ni con la comida (203); f) impotencia sexual (204-209); g) pérdida de audición (210-216); h) frialdad corporal que sólo calienta la fiebre (216-217); 2º) *por mor de las enfermedades* (218-219): *circumsilit agmine facto / morborum omne genus* (cf. Celso, *Prooem.* 17: *saepe uero etiam noua incidere genera morborum*); i) hombro, lumbares, cadera (227); j) ceguera (228); k) incapacidad de alimentarse por sí mismo (228-232); l) demenciación (enfermedad de [Alois] Alzheimer, diagnosticada por éste en el año 1906): «Pero, / peor que cualquier deficiencia física es la demencia, que le hace / ignorar el nombre de los esclavos y no reconoce la cara de un amigo / con quien cenó la noche pasada, ni tampoco a los que engendró, / a los que ha educado» (231-236); 3º) *si el anciano no se demencia, sufre dolores morales*: ll) «Y aunque sus facultades mentales estén sanas, con todo tiene / que acompañar los entierros de los hijos, tiene que ver la pira / de su querida esposa y de su hermano, y las urnas llenas de hermanas. / Este es el castigo que tienen que pagar los que viven mucho: envejecer, / mientras se suceden las desgracias, en medio de incesantes / duelos, y en una tristeza permanente y ropas de luto» (240-245).

A este «retrato interior» de la vejez, devastador y negativo –en la misma línea Plinio, 4,9,22: «la triste y oscura vejez en aquel hombre larguirucho» (*in proceri corpore maesta et squalida senectus*) y 7,23: «no te impongas un esfuerzo tan grande contra lo que requiere tu edad» (*ne tibi contra rationem aetatis tantum laboris iniungas*); y Estacio, 1,4,7: «se desprende de los hilos perjudiciales de la vejez»; 52: «(la enfermedad) no fue por culpa de la vejez»; 3,3,15: «para quienes es larga la vejez de un padre desvalido»–, se corresponde un «retrato exterior», físico o plástico, admirable y positivo, en la estatua de viejo que describe Plinio en 3,6,2-3, de la que afirma el escritor que «ni oculta los defectos, si algunos tiene, ni deja de mostrar sus virtudes».

He aquí la descripción de esta estatua de bronce de un anciano, cuyo cuerpo es analizado con precisión anatómica: a) el viejo se halla de pie; b) como si se tratase de un ser vivo (*ut spirantis*), se muestran sus huesos, músculos, tendones, venas y arrugas; c) cabello ralo y con grandes entradas, frente ancha, rostro arrugado, cuello del-

<sup>9</sup> Cf. ya Homero, *Ilíada* 22,71-73: «Al joven todo le sienta bien, / aun muerto por obra de Ares y desgarrado por el agudo bronce, / cuando yace: aun muerto todo lo que aparece de él es bello».

gado; d) musculatura flácida, tetillas caídas, vientre hundido; d) la espalda, en la medida que una espalda puede indicarlo, manifiesta la misma edad; e) en cuanto al bronce, según indica su genuino color, es viejo y antiguo.

Pues bien, en esta línea de lo que podríamos denominar «vejez positiva», de la que el terrible Juvenal dejó una sola muestra, en su breve alusión a un único detalle amable acerca de la vejez en 11,203, donde dice: «embébase nuestra piel arrugada del sol de primavera» (*nostra bibat uerno contracta cuticula solem*), se encuadran algunos de los viejos que describe Plinio en sus cartas.

El primer caso es el de Umidia Cuadratila (7,24,1), una señora de casi ochenta años que estaba vigorosa (*uiridis*; cf. Virgilio, *Aen.* 6,304 [de Caronte]: *iam senior, sed cruda deo uiridisque senectus*), y poseía un cuerpo robusto y fuerte. También de Silio Itálico (3,7) habla Plinio maravillas por lo que hace a la edad (Silio moriría con 75 años), diciendo de él que pasaba los días tumbado en su pequeño lecho, escribiendo y entregándose a amenísimas conversaciones (4). Vivía con gran independencia y era amante de las obras de arte (7: *φιλόκαλος*). Poseía muchos libros, estatuas, bustos, sobre todo uno de Virgilio, cuyo aniversario de cumpleaños celebraba por encima del suyo propio (8). De él afirma, asimismo, el escritor que «estaba delicado más que enfermo» (*delicatus magis corpore quam infirmo*).

De Pomponio Baso alaba nuestro autor lo que podríamos llamar en términos modernos la «planificación del tiempo libre» (4,23,1: *disponere otium et ferre*). Esa planificación se sintetiza como sigue: a) vivir en un lugar agradable; b) hacer ejercicios físicos ora en tierra ora en el mar (cf. *supra*, las recomendaciones de Celso); c) mantener charlas y discusiones; d) hacer que le lean a uno libros; e) leerlos uno mismo con frecuencia; f) aprender algo nuevo cada día. Entusiasmado, Plinio exclama (2): «¡Así debe envejecer un hombre, que ha ejercido importantísimos cargos, que ha mandado ejércitos!, etc.» Y continúa (3): «Pues la primera parte de nuestras vidas y la central debemos entregarlas a la patria, la última a nosotros, como recomiendan las mismas leyes, que mandan al mayor de edad a la jubilación». Y termina con tonos verdaderamente líricos (4): «¡Cuándo me será posible a mí, cuándo me será honroso por lo que concierne a la edad seguir ese ejemplo de ocio hermosísimo! ¡Cuándo mi retiro recibirá el nombre, no de desidia, sino de tranquilidad!».

Por último, en 3,1 Plinio describe lleno de admiración la vejez de Espurina, quien en el momento de ser escrita esta carta (año 101) cuenta 77 años de edad (Espurina había nacido en el año 24).

Este anciano es un hombre ejemplarmente metódico. Plinio empieza por reconocer (1) que «no sabe si alguna vez ha pasado un momento más agradable que el que pasó con Espurina, a tal punto que» *neminem magis in senectute, si modo senescere datum est, aemulari uelim*. Admitiendo, acto seguido, que no existe nada tan metódico como aquel hombre.

«A mí desde luego», prosigue el escritor (2), «me gusta que la vida de los hombres esté ordenada como fijo e inmutable es el curso de los astros. De los hombres, sí, en especial de los viejos. Pues así como a los jóvenes no les sientan mal ciertas cosas desordenadas y confusas, a los viejos les conviene que todo esté ordenado y en calma. [...] Ésta es la regla que sigue sistemáticamente Espurina (*hanc regulam Spu-*

*rinna constantissime seruat*); todo, aunque sea de poca monta, lo lleva a cabo siguiendo un determinado orden y, por así decirlo, órbita o curso».

Agenda diaria de Espurina: a) por la mañana se queda en la cama; b) a la segunda hora pide las sandalias; c) pasea tres millas (cuatro kilómetros y medio); d) conversa con los amigos o se hace leer alguna cosa; e) luego, vuelve a leer o a conversar (4-5); f) viaja en coche siete millas (diez kilómetros y medio); g) vuelve a caminar por espacio de una milla (kilómetro y medio); h) se sienta a escribir; i) pasea desnudo al sol (cf. *supra*, p. 105, la cita de Juvenal, 11,203); j) juega a la pelota (*nam hoc quoque exercitationis genere pugnat cum senectute*); k) se echa después del baño y aguarda un poco para la comida; l) escucha lecturas ligeras (como el Petronio de Tácito, *Ann.*, 16, 18-19); m) hace una cena ligera, acompañada a veces de representaciones escénicas, que en verano se prolongan más tiempo (7-9). Y de este modo, este hombre, Espurina, ha llegado a la edad que tiene conservando la vista, el oído y un cuerpo ágil (¡contra la «radiografía» juvenaliana!), y de viejo sólo tiene la prudencia (10).

Y termina Plinio extasiado: «Esta es la vida que yo deseo y que figura en mi pensamiento» (11). «De manera que este es el currículum que deseo para mí, este el término de mi vida, y desde ya en tu presencia (del amigo Catilio Severo, al que dirige la misiva) firmo que me llames al orden si me aparto un ápice de esta promesa mía» (12).

También Estacio se suma a la resolución de llevar una vida sana, cuando alaba la dieta de Claudio Etrusco (3,3,106-108) : *Hinc tibi rara quies animoque exclusa uoluptas, / exiguaeque dapes et numquam laesa profundo / cura mero*, que podemos resumir en estas cuatro recomendaciones, las cuales, sin duda, el bueno de Celso aprobaría bien de su grado: a) no hacer vida sedentaria; b) no abusar de los placeres; c) comer moderadamente; d) no abusar de la bebida. ¿Hay quien dé más?

## 4. MORIR

«A otros, sometidos por Ares, / los despacha Hades bajo la negra tierra. / Otros, en alta mar, zarandeados por la tormenta / y los muchos embates del purpúreo oleaje, / perecen, cuando en vano tratan de sobrevivir. / Otros se cuelgan de un lazo, en triste destino, / y por propia decisión dejan la luz del sol. / Así que nada hay sin daños, sino que incontables / son las formas de muerte...» (Semónides de Amorgos, 1 D 13-21).

Marcial, en 4,54, reflexiona así: «Piensa que estás en el último día; no se puede ablandar a las tres hilanderas (*lanificas*); Láquesis no añade nada al ovillo; siempre lo corta una de ellas».

### 4.1. MUERTES RÁPIDAS (ACCIDENTES, INFARTOS, ETC.), NARRADAS BREVEMENTE

Plinio, en 3,9,4, nos informa de que Cecilio Clásico, un político corrupto, «eludió la acusación mediante una muerte natural o voluntaria»; en 3,11, enumera los tres ilustres personajes romanos que fueron ejecutados en el año 93 por orden de Do-

miciano, a saber, Herennio Seneción, Lucio Junio Aruleno Rústico y Gayo Helvidio Prisco; en 6,16,20 describe el final por asfixia al inhalar los gases del Vesubio de su tío Plinio el Viejo; en 5,5, Gayo Fannio muere en circunstancias no descritas, pero se nos dice que había presentido su final en un sueño con Nerón, sobre cuyos crímenes había escrito varios libros; en 3,21, nuestro autor evoca de manera más bien fría y formularia la muerte (*decessisse, defunctum esse*) de Marco Valerio Marcial, acaecida en tierras lejanas (España), entre el 102 y el 104; en 7,27, narra la muerte de Curcio Rufo (*cf. Tácito. Ann.*, 11,2,1, referente al año 47), que tuvo lugar en África y que le había sido anunciada por una figura que simbolizaba a la provincia de África; en 2,1 hallamos descrita la muerte en el 97 de Lucio Virginio Rufo, el famoso general del último tercio del siglo I d.C., a los 83 años de edad, «con profundísima tranquilidad», si bien «la llegada de la muerte fue algo dura y se hizo esperar» (4); en 9,1,1, se nos comunica la muerte de Pompeyo Planta, prefecto de Egipto entre 98 y 100, probablemente en el año 109. En 8,5 se da cuenta de la muerte de la mujer de Macrino, tras un matrimonio de 39 años; si tenemos en cuenta que la edad habitual de casarse una mujer romana era de 13 o 14 años, la esposa de Macrino al morir debía de contar unos 53 años; en 3,14 Larcio Macedón, senador, muere a causa de una paliza propinada por sus esclavos, que le sorprendieron en los baños y lo majaron a golpes y patadas, tras lo cual lo arrojaron al pavimento ardiente para ver si seguía vivo; pero consiguió sobrevivir y denunciar a sus asesinos, que fueron castigados, mientras él mismo finalmente fallecía también (2-4):

*rem atrocem ... a seruis suis passus est [...] alius fauces inuadit, alius os euerberat, alius pectus et uentrem, atque etiam uerenda [...] abiciunt in feruens pauimentum ... quasi aestu solutus effertur [...] ipse paucis diebus aegre focolatus non sine ultionis solacio decessit.*

En 6,2 muere Régulo; nuestro autor comenta que ha hecho bien en morir, y mejor habría sido de haber muerto antes (4): *bene fecit Regulus quod est mortuus: melius, si ante.*

En 6,53 Marcial cuenta la muerte durante el sueño de Andrágoras, quien fallece después de bañarse y cenar alegremente. En este caso, el diagnóstico no puede ser otro que infarto de miocardio, al igual que le ocurre al personaje de Persio (3,98-102): *turgidus hic epulis ... lauatur / ... sed tremor inter uina subit / dentes crepuere relecti / cadunt ... pulmentaria labris.* En 9,29 el mismo autor, Marcial, alude jocosamente a la muerte de Filénide, de la que afirma que ha vivido sólo tres meses menos que la Sibila de Cumas. Dado que se trata de una persona mayor y que ha muerto, según declara el escritor, *tam cito*, podría tratarse también de infarto en este caso. En 10,63 muere una señora que ha participado en los Juegos Seculares del 47 (bajo Claudio) y del 88 (bajo Domiciano).

Estacio (5,3) cuenta la muerte de su padre (a los 65 años). Ya nos hemos referido a este caso (*cf. supra*, pp. 102 y 107), a propósito de la enfermedad que pudo padecer este hombre, que, como el hijo, era también poeta y pedagogo. Añadamos aquí solamente que, según el hijo, «ni siquiera la puerta de la Muerte fue triste (para el padre) (...) y no se trató de un final retardado por la consunción senil» *nec leti tibi ianua tristis ... nec senilis labe senili / exitus: (257 ss.)*.

La silva 3,3 es un sentido epicedio que Estacio escribe en honor del padre de su amigo Claudio Etrusco. El padre de este hombre muere a los 80 años (v. 146). El poeta dice (171-173): «Ya está su vida en el final y va faltando el copo que no se deja / rogar»; (206): «Lentamente desciende a las sombras despiadadas»; (214): (Tu hijo) «te levantará un túmulo sobre tu propia tierra».

#### 4.2. MUERTES POR SUICIDIO

«A sufficient mass of evidence supports the supposition that Plato found in Orphic mythology not only the body-prison doctrine but also, though he was not concerned with the particular reasons for it, a prohibition of suicide» (Strachan 1970, p. 220).

Por su parte, Séneca admite el suicidio «como manera de salvaguardar la dignidad personal» (*Epist.*, 26,10) y «en caso de enfermedad incurable» (*Epist.*, 58,36) (Bodson 1966, pp. 93 y 104)<sup>10</sup>. También lo justifican Marco Aurelio, «si existe un obstáculo más fuerte que uno mismo», así como Epicteto, «por la imposibilidad de vivir como un hombre honrado» (Bodson 1966, p. 105). Ya hemos visto más arriba lo que Plinio nos ha contado a propósito de la grave enfermedad de Ticio Aristón; a esa postura alude Daniela Gourevitch (1969, p. 507): «Pliny the Younger relates the story (1,22,8) of the sick Titius Aristo, who called his friends to him, charging them to question the physician as to the gravity of his case. He confesses his intentions to his friends, but we do not know whether they will report his exact words to the physician or speak in more ambiguous terms». En p. 509, la misma autora afirma: «The intervention of physicians in rational suicides was common practice, particularly if motivated by reasons of health». Y cita a G. Deshaies (*Psychologie du suicide*, París 1947): «Not to wait for a painful, inevitable death [...] not to go on suffering in vain and without recourse represents an intelligent, reasonable decision, if it has been thought out maturely and made with full knowledge of the situation» (p. 502).

En 3,7 Plinio se hace eco de la muerte por huelga de hambre (1: *nuntiatu est Silius Italicus ... inedia finisse uitam*) de Silio Itálico, el autor de los *Punica*, del que afirma (5): *scribebat carmina maiore cura quam ingenio*. La razón de su suicidio fue un tumor cerebral (2), *cuius taedio ad mortem inreuocabili constantia decucurrit*. Procedimiento este, el de la huelga de hambre, al que había recurrido ya el célebre Pomponio Ático, quien, después de tres meses de enfermedad, y tras comprobar que no mejoraba, sino que el dolor (¿cáncer de intestinos?) le bajaba *in imum intestinum*, se suicidó (Nepote, *Att.*, 25,21,5-6; citado por Gourevitch 1969, p. 511, nota 84).

En 6,24, el mismo autor narra el curioso suicidio de un matrimonio: el marido se halla gravemente enfermo (v. *supra*, p. 14) y ambos deciden suicidarse, atándose juntos y arrojándose al lago de Como. Véanse sobre este suicidio (al que la autora

<sup>10</sup> Cf. también *Epist.*, 6,58,36: *morbum morte non fugiam, dumtaxat sanabilem nec officientem animo. Non afferam mihi manus propter dolorem: sic mori uinci est. Hunc tamen si sciero perpetuo mihi esse patiendum, exibo, non propter ipsum, sed quia impedimento mihi futurus est ad omne, propter quod uiuitur* (Gourevitch 1969, p. 510, nota 71).

denomina «psiquiátrico», p. 517) las extrañas reflexiones de D. Gourevitch, en la página citada, y, sobre todo, antes, en p. 513.

En 1,12, Plinio da cuenta de la muerte de Corelio Rufo, natural de la Traspadana, cónsul en el 78, gobernador (*legatus Augusti*) en el 82, y enfermo de podagra desde los 32 años. Se suicida (1: *decessit ... sponte*) haciendo huelga de hambre (9: *abstinebat cibo*), a los 67 años (11: *implevit ... annum septimum et sexagesimum*), probablemente en el año 97 o 98.

Por su parte, Marcial narra la muerte por suicidio de varios personajes, a saber: en 1,13, de Trásea Peto y de Arria, su esposa, por medio de una daga; en 1,42, de Porcia, esposa de Bruto, por medio de cenizas ardientes (este, un hecho ya remoto, puesto que tuvo lugar en el siglo I a.C.); en 1,78, de Festo, mediante una espada. De esta última muerte afirma Marcial que ha sido un suicidio valiente, un suicidio romano, y no *lenta fame*, como acabamos de ver que han hecho algunos de los amigos de Plinio.

### 4.3. MUERTES DE JÓVENES

Plinio deplora, a lo largo de sus cartas, la muerte de cinco jóvenes. El primero es Pompeyo Quinciano (9,9,1), del que hace un gran panegírico al tiempo que lamenta intensamente su pérdida. Sólo al final de la carta (3) nos enteramos de que se trata de un joven: *quamquam sic amasti iuuenem...* El segundo es Julio Avito (5,21), cuyo infortunio Plinio narra de la siguiente manera (3-4): «No sólo triste sino también luctuoso es el hecho de que ha muerto (*decessit*) Julio Avito en su regreso de la cuestura, ha muerto en el barco, lejos de su queridísimo hermano, lejos de su madre y hermanas, circunstancias que en nada incumben al muerto, pero le incumbieron cuando moría, incumben a aquellos que le sobreviven, siquiera sea porque ha fenecido un joven en la flor de la vida, con unas cualidades singulares con las que hubiera alcanzado lo más alto, tan pronto como aquéllas hubiesen madurado». El tercer caso es el de Junio Avito (8,23), un joven (7: *adficior adulescentia ipsius*) que había sido ya cuestor (5: *qua industria qua modestia quaestor*) y que ya había conseguido ser elegido edil. De ahí que diga consternado el autor (8): *modo designatus aedilis, recens maritus, recens pater, intactum honorem, orbam matrem, uiduam uxorem, filiam pupillam ignaram patris reliquit*. Por lo demás, si no interpretamos mal la frase (7) *tot spes ... dies unus in diuersa conuertit*, y el «un día» se refiere a que eso es lo que tardó en morir, esta muerte ha debido de ser repentina, pese a la juventud del difunto. El cuarto caso concierne a las dos hijas de Helvidio Prisco (a quien, por cierto, Plinio ensalzó ante el senado en el 97) que murieron, ambas, de parto. Así lo narra el autor (1-2): «¡Triste y acerbo caso el de las hermanas Helvidia! Ambas han muerto de parto, ambas, tras dar a luz a una niña. (...) ¡Cuán doloroso se me antoja el hecho de que la fecundidad se haya llevado en la flor de la vida a unas muchachas tan honorables! Me angustia la suerte de las niñas, que se han visto huérfanas de madre en el momento mismo de nacer, me angustia la suerte de dos maridos tan excelentes, me angustio también en nombre propio, porque quiero también sin cesar al padre difunto de ellas dos». En 2,20, se narra el caso cu-

rioso de un cazaherencias que ronda a los moribundos, agasajándolos con el fin de que le dejen la herencia. Esto le ocurre a la pobre Verania (viuda del infortunado Pisón, al que Galba había nombrado heredero al trono imperial, sólo que el 15 de enero del 69 resultó muerto junto al emperador), quien, después de ser engañada por el impostor, fallece; como hizo con Veleyo Bleso, al cual visitó el mismo cazaherencias y pidió a los médicos que hicieran un esfuerzo para alargar la vida del enfermo, mas una vez lograda la mejora del testamento, el individuo rogó a esos mismos médicos que no prolongasen «artificialmente», se entiende, la vida del desgraciado, diciendo (8): *quousque miserum cruciatis? Quid inuidetis bona morte, cui dare uitam non potestis?* En estas breves preguntas hallamos todos los elementos o tópicos que rodean la «eutanasia»: evitar el tormento (*cruciatu*) del enfermo desahuciado (7: *nouissima ualetudine*; cf. también [1,12] a propósito de Corelio Rufo, que padecía igualmente [5] *incredibilis cruciatu*), o bien aceptar la eutanasia (en el texto citado *bona morte*) en caso de que el enfermo no pueda seguir viviendo. En 3,16,3-6 Plinio narra la dramática actuación de Arria la mayor, quien estando enfermos en la cama su marido, Cecina Peto, y su hijo, cuando éste muere, un niño todavía (4), ella se lo oculta al marido (lo que prueba que éste no se podía levantar de la cama) y en su presencia se traga las lágrimas para que él no se entere de que el hijo ya ha sido enterrado y no empeore.

Marcial, por su parte, recoge en sus epigramas la muerte de cinco jóvenes: 1,101 (Demetrio, de 19 años); 6,68 (Éutico muere ahogado en el lago Lucrino; v. 3: *puer*); 6,85 (Rufo Camonio, de 20 años, muere en Capadocia, y es trasladado a Bolonia, de donde era, por la vía Emilia); 9,30 (Antistio Rústico muere también en Capadocia, y su esposa, Nigrina, se trae sus cenizas); 11,13 (el joven actor Paris es asesinado en plena calle por orden de Domiciano, en el año 82/83; Marcial esperó a la desaparición del emperador [septiembre del 96] para publicar su «necrológica» [diciembre del mismo año]).

En su silva 5,1 Estacio conmemora la muerte de la joven Priscila (*laudati iuuenis rarissima coniunx*), esposa de Abascanto. «Ni la técnica laboriosa de los médicos / sirvió de auxilio a su mal; los acompañantes, empero, poniendo cara de circunstancias / simulan por doquier esperanzas» (158-160). En los versos 170-180 el poeta describe la lenta agonía de la joven: a) se descompone la cara; b) sus ojos se quedan inmóviles o sufren extravío; c) sus oídos se ensordecen; d) se debilitan los brazos:

*iamque cadunt uultus oculisque nouissimus error  
obtunsaque aures, nisi cum uox sola mariti  
noscitur; illum unum media de morte reuersa  
mens uidet, illum aegris circumdat fortiter ulnis  
inmotas obuersa genas, nec sole supremo  
lumina sed dulci mauult satiare marito;  
tum sic unanimum moriens solatur amantem:  
pars animae uictura meae, cui linquere possim  
o utinam, quos dura mihi rapit Atropos annos:  
[...] nec crucia fugientem coniugis umbram*



e) finalmente, moribunda, dice lo siguiente (182-183): «He vivido un tiempo preferible / a una larga vejez» (*exegi longa potiora senecta / tempora*). «Esto dice desfalleciendo» (194: *haec dicit labens*), « y ella misma cerró sus párpados con la mano querida de él» (196). El poeta enumera prolijamente los perfumes (árabes, cilicios, palestinos, hebreos, coricios), inciensos, etc. que se le echan (210 ss.). Priscila, que va a gozar de un *lumine purpureo* en el otro mundo<sup>11</sup>, es enterrada a la salida de Roma, en la Vía Apia.

#### 4.4. MUERTES DE NIÑOS

Plinio refiere en 4,2 y 7 la muerte de un niño, cuyo padre comete locuras, impropias de un orador como dicho individuo era (baste recordar que es el Régulo de cuya muerte Plinio se congratula jocosamente en 6,2). Ahora, en estas dos cartas, Plinio comunica a sus correspondientes (Atio Clemente y Catio Lépedo, respectivamente) que a este Régulo, del que en otras ocasiones les ha hablado, se le ha muerto un hijo, todavía niño, que poseía ponis, perros, ruisseñores, papagayos y mirlos, y que (4,2,4: «aquello no era dolor, sino ostentación del dolor») ha sacrificado todos estos animales en la pira del niño (recuérdense los animales, amén de los doce jóvenes troyanos, sacrificados por Aquiles en la pira de Patroclo); además, ha escrito un libro sobre él, del que ha hecho mil ejemplares para repartir por Italia, en el que narra la vida del mismo, y para el que busca lectores de buena voz con el fin de que lo reciten públicamente, libro que, a juicio del autor, es tan malo que «uno creería que está escrito no sobre un niño, sino por un niño» (4,7,7).

En 5,16, Plinio describe horrorizado la muerte de la hija de un amigo suyo, Gayo Minicio Fundano, quien, como él mismo dice, es «hombre cultivado y filósofo» (8: *eruditus et sapiens*). La joven ya estaba prometida, de modo que el padre ha debido trocar el ajuar de la boda por perfumes para su cadáver. La muchacha, que aún no había cumplido los 13 años, era huérfana de madre (3: *ut illa patris ceruicibus inhaerebat, ut nos amicos ... ut nutrices, ut paedagogos, ut praeceptores ... diligebat!*; en una lista tan completa no aparece la madre, así como tampoco cuando a continuación [4] leemos: *sororem patrem adhortabatur*), poseía un gran parecido físico y espiritual con el padre, y se comportaba ya como una matrona romana (2: *matronalis grauitas*).

Marcial alude a la muerte de siete niños: en 1,88, muere el niño Álcimo; en 1,114 y 116, se tiene doble redacción del mismo asunto: la niña Ántula ha sido enterrada en el jardín o parque de la casa paterna (*cf.* Estacio, 5,3,37: «ocupando tierras de nuestra propiedad», dicho de su padre, que va a descansar eternamente en Albalonga); en 7,96, muere el niño Úrbico, de dos años y medio; en 6,28 y 29, aparece otra doble redacción del mismo asunto: muere el niño Glaucias, de trece años de edad (*cf. infra*, Estacio); en 6,52, muere Pantágato, *raptus puerilibus annis* (v. 1); en 5,34 y 37, y 10,61, se llora la muerte de Erotión, de seis años aún no cumplidos, en el año 89; en 11,91, muere Cánace, una niña de siete años, de horrible enfermedad (*cf. supra*, pp. 97-98).

<sup>11</sup> *Cf.* VERG. *Aen.* 6,640-641, hablando del Elíseo: *et lumine uestit purpureo*).

En una silva incompleta (5,5), Estacio llora la muerte de un esclavillo nacido en casa, a quien el patrón (el propio poeta) tiene por hijo adoptivo. En 2,6, toca el turno a Fileto, el *puer delicatus* de Flavio Urso: «Apenas Fósforo encerraba a la hora quinta / su caballo cubierto de rocío y ya veías, Fileto, / las costas crueles del duro anciano y el duro Aqueronte» (79-81); «has entrado entre los justos» (98); «o quizá, en medio del silencio ameno del Lete (*per amoena silentia Lethes*), en torno a él / juegan, mezclándose por doquier, las náyades del Averno» (100-102). Por último, en 2,1, Estacio nos presenta el cuadro más impresionante de la muerte de un niño, Glaucias, que aún no ha cumplido los trece años de edad (Marcial 6,28,8-9). Este niño, que muere de una enfermedad de la que no se da ningún dato en el poema, sólo está enfermo siete días (146), por lo cual Glaucias no sufre deterioro y llega a los manes intacto (154-157: *quod non mors lenta iacentis / exedit puerile decus, manisque subiuit / integer et nullo temeratus corpora damno, / qualis erat*). Estacio no ahorra piropos para el infante muerto: (46) «labios que olían a flores de primavera»; su muerte (20) «fue un crimen que contempló la ciudad de Roma» (cf. Marcial 6,28,2: *tota qui cecidit dolente Roma*); para concluir afirmando (54-55): «Todo lo ha reducido a cenizas una hora terrible / y un día hostil»; (120-121): «Está claro que Láquesis tocó su cuna con infausta / mano y que era la Envidia la que abrazaba al niño en su pecho / para arrullarlo». Y más adelante (137-139): «De pronto, la Parca enemiga / levantó sus manos. ¿Por qué, diosa inflexible, sacas tus uñas terribles? / ¿No te conmueve su belleza? ¿No te conmueve su edad, que provoca lágrimas?». El poeta no se priva de describir los últimos instantes del muchacho (148-153): *Ille tamen Parcis fragilis urgentibus annos / te uultu moriente uidet linguaque cadente / murmurat in te ... offlat / reliquias ... / solumque uocantem / exaudit, tibi que ora mouet, tibi uerba relinquit, / et prohibet gemitus consolaturque dolentem*. Hacia el final del poema, Estacio admira la ventura de Glaucias, porque no tuvo tiempo para implorar ni para temer: *nos anxia plebes, / nos miseri*. Finalmente, se nos informa (176) de que el cortejo pasa por el puente Milvio (el más septentrional de los puentes del Tíber), de donde parte la vía Flaminia (construida en el 240 a.C.), lugar destinado al entierro del niño, presumiblemente, porque el monumento funerario de su amo, Atedio Mélior, se hallaba allí (cf. también Marcial 6,28,3-4: *hoc sub marmore Glaucias humatus / iuncto Flaminiae iacet sepulcro*).

## 5. CUESTIONES DE CRONOLOGÍA

Según Plinio (1,12), Corelio Rufo, como hemos visto, muere (se suicida) a los 67 años. Falta por averiguar el año en que este óbito tiene lugar. Estimamos que sólo hay dos fechas que se puedan asignar razonablemente a este acontecimiento, a saber, el año 97 o el 98. Las razones son: 1ª) Plinio afirma que ha visitado a Corelio en su casa en tiempos de Domiciano (asesinado, no olvidemos, en septiembre del 96) todavía (6-7: *Domitiani temporibus*), dato que implica que la muerte ha debido producirse no mucho tiempo después, porque, si no hubiera sido así, no tendría sentido la referencia al emperador (Corelio Rufo, en efecto, confiesa a Plinio *-ibid.-* que «aguanta tan grandes dolores por el deseo de sobrevivir al bandido de Domiciano»); 2ª) cuan-

do se produce la muerte de este personaje, «el Estado Romano se halla floreciente» (11: *florente re publica*), circunstancia que, como es bien sabido, cuadra a la perfección con la época de Nerva (septiembre del 96 - enero del 98 = 16 meses) y Trajano (cf. Tácito, *Hist.*, 1,1: *rara temporum felicitate*). Por consiguiente, la muerte de Corelio Rufo debió tener lugar después de Domiciano, pero *no mucho después*, de manera que la fecha propuesta se nos antoja la más plausible.

Como ya hemos visto, Virginio Rufo muere en el año 97, a los 83 años de edad (Plinio, *Epist.*, 2,1). En la carta 6,10, dirigida a Albino, Plinio afirma que ha visitado a su suegro en la casa de campo que un tiempo fue de Virginio Rufo, y que con tal ocasión «el lugar me reavivó la nostalgia de aquel excelente hombre, no sin dolor» (1). El escritor visita el monumento, que aún no está terminado, «después de diez años de su muerte» (3), dato que implica que la presente carta fue escrita en el 107; esta circunstancia le produce una gran indignación, puesto que, para mayor escarnio, el monumento carece aún de título y de nombre (¿no nos recuerda esto comportamientos modernos habituales?), pese a que el gran general dejase escrito un dístico elegíaco para su epitafio, que reza así: «Aquí está enterrado Rufo, quien otrora, vencido Vándice, / recuperó el imperio, no para sí, sino para la patria».

Muere Verania, quizá el año 104 (2,20)<sup>12</sup>. Muere Espurina el año 101 (3,1). Una carta escrita en el 100 informa del nacimiento y la muerte de Silio Itálico, que corresponden a los años 24 y 99 respectivamente (3,7). La ejecución de Seneción, Rústico y Helvidio tuvo lugar en el año 93 (3,11). La muerte de Marcial debió de ocurrir entre 102 y 104 (3,27). El hijo de Régulo, muerto en el 104, había nacido en 89 (4,2 y 7) (González 2005, p. 200). Las hermanas Helvidia debieron de morir en los años 104/105, ya que a éstos corresponde la carta en la que se menciona su muerte (4,21). Para la muerte de la hija de Fundano disponemos de la urna funeraria de esta desgraciada niña (Minicia Marcela) que, según CIL 6,16331 (= ILS 1030 Dessau) murió con 12 años, 11 meses y 7 días (5,16). Zósimo, liberto de Plinio, enferma en 105/106 (5,19). Muere Julio Avito (5,21): puesto que a su muerte era cuestor, su edad debía oscilar entre 20 y 22 años. Régulo muere tres años después que su hijo (6,2); luego en el año 107 (cf. *supra*, p. 107, para el hijo). La enfermedad de Calpurnia Hispula, esposa de Plinio, tiene lugar en el 107 (6,4). La enfermedad de Encolpio, el otro liberto de Plinio, en el 107 (8,1). La de la sobrina de Calpurnia, en 109/110 (8,11). La muerte de Junio Avito ocurre en el 108 (González 2005, p. 420); como, por otra parte, había sido cuestor, se había presentado a edil y acababa de ser elegido como tal, aunque no llegó a tomar posesión, estaba recién casado y con una niña recién nacida, la edad que tenía al morir es, muy probablemente, entre los 25 y los 30 años (8,23).

Para los epigramas de Marcial tomamos como base la cronología que aparece en Moreno - Fernández - Montero 2004-2005, p. 24. Así, el de Nevia (2,26) debe corresponder a los años 86/87; el de Colino (4,54), a 88/89; La muerte de Éutico, ahogado en el lago Lucrino (6,68), y la de Rufo Camonio (6,85) tienen lugar en los años 90/91. Este último, Rufo Camonio, de 20 años de edad (v. 8), muere en Capadocia y

<sup>12</sup> Cf. González 2005, pp. 147 y 200.

es trasladado a su ciudad, Bolonia, por la vía Emilia<sup>13</sup>. En el epigrama 9,74 (es decir, cuatro años después de la muerte del joven, pues este epigrama es de diciembre del 94), el poeta describe la pintura que del muchacho guarda el padre, y el poeta sugiere que éste presagiando la muerte del muchacho, no quiso hacerle un retrato de adolescente (4: *dum timet ora ... muta uidere*). En 9,76, reaparece otra vez la pintura de Camonio cuando era niño, contraponiendo a esa imagen infantil la del joven con barba a los veinte años (que es la edad que interpretan los traductores de la expresión: *uiderat Alpei praemia quinta modo* [6,85,8]). Pero es difícil conciliar estos datos con los supuestos 20 años. En primer lugar, si el retrato de que se habla en 9,76,2 (*haec pueri facies primaque forma fuit*) es, en efecto, de cuando era niño, cuando luego (9,76,3-4) se afirma que «Veinte años después su expresión se había hecho más varonil / y la barba se regocijaba de sombrear sus mejillas» (trad. Montero), ¿habrá que suponer que cuando se hizo el retrato del niño éste tenía cero años de edad, dado que, transcurridos veinte años más, se produce la muerte, pues, según la interpretación que se ha dado, esa es la edad que tenía el muchacho al morir? Parece absurdo. Sería más razonable pensar que el niño (puesto que se le llama *puer*) tendría cuando menos un año a la hora de ser retratado. Como, además, en los versos 5-6 del mismo epigrama (9,76) el poeta nos informa de que el joven ha celebrado su *depositio barbae*, aceptando que dicho primer afeitado de la barba tuviese lugar a los 20 o 21 años, por fuerza se plantea la cuestión de cómo puede decir Marcial que ese hecho ha tenido lugar poco ha (v. 5: *modo*), si: a) en el epigrama 6,85 (año 90) nos ha contado que el joven Camonio ha muerto en Capadocia donde ha debido estar algún tiempo (entre unos meses y un año, digamos; Montero, en la nota 203 al epigrama 9,74, afirma «tras larga ausencia», pero cabe preguntarse de dónde saca esta aseveración); b) ¿no será que la frase de 6,85,8: «acababa de ver el quinto premio del Alfeo» habrá que interpretarla no, como se ha hecho hasta ahora, a saber,  $4 \times 5 = 20^{14}$ , sino como  $5 \times 5 = 25$ ? Esto daría más y mejor margen a lo que dice el poeta, a saber: el retrato (*pictura*: 9,74,1) podría haber sido hecho a los 3 o 4 años; 20 años más tarde (esto es, a los 23 o 24) se quita la barba por primera vez, y marcha a Capadocia, donde cumple los 25 años y de donde ya no regresa, sino muerto. Tal edad (25 años) se compadecería mejor con lo afirmado por el poeta en 6,85,2: *nec te lectorem sperat*; un lector de 24 o 25 años es más natural que uno de 18 o 19. Y no olvidemos que nuestro compatriota y poeta Marcial era un hombre muy «matemático», como ha dejado bien claro en todas las referencias numéricas a lo largo de su amplia obra.

Otros epigramas marcialesos. Rústico muere el año 94 (9,30). Una señora anónima muere entre los años 95 –primera redacción de este libro de epigramas– y 98 –segunda redacción del mismo libro– (10,63). Cánace muere el año 96 (11,91). Muere Erotión en el año 89 (5,34 y 37); el epigrama 10,61, del año 98, también está dedicado a ella. Como vemos, a la niña Erotión dedica Marcial tres epigramas (si bien el segun-

<sup>13</sup> Cf. Germánico, cuyas cenizas fueron trasladadas por la Vía Apia, y el hermano de Catulo, que murió también en el Ponto Euxino.

<sup>14</sup> Así Montero *ad loc.*, nota 163: «Como para Marcial una Olimpiada ... eran cinco años, Camonio tenía veinte años contando que el primer (premio) fue en el año de su nacimiento».

do, 5,37, sólo de pasada), aunque lo curioso es que el tercero de estos epigramas (10,61) está escrito ¡nueve años después de su muerte, y todavía la recuerda! Por este último epigrama nos enteramos de que la esclavilla (al igual que la niña Ántula de los epigramas 1,114 y 116) está enterrada en las tierras que poseía Marcial, lo que sin duda explica el interés del poeta por esta desgraciada niña. Por lo que nos cuenta en este último epigrama, nos enteramos de que nuestro poeta ya está a punto de volver a Hispania, de ahí que afirme: «quienquiera que seas dueño y señor de mi campito después de mí» (j). Es decir, el poeta debía de estar en tratos para vender o traspasar sus posesiones antes de marcharse definitivamente a su tierra (Bílbilis, España), faltando a la apodíctica afirmación que había hecho en 1,116,6 («si alguien desea este pequeño campo, advertido queda de que no debe esperarlo») en un caso similar (la pequeña Ántula está enterrada en las tierras de sus padres). A Glaucias (muerto en 90/91), *puer delicatus* de su amigo y probablemente mecenas, Atedio Melior (al que ya se ha referido en 4,54,8, un epigrama destinado a Colino: «aunque seas más refinado que el elegante Melior»), dedica nuestro poeta dos epigramas, el primero de ellos (6,28) en endecasílabos falecios, y el segundo (6,29) en hexámetros dactílicos; igualmente, a Ántula había dedicado otros dos (1,114 y 116), el primero en hexámetros dactílicos y el segundo en endecasílabos falecios; así como a Erotión, 5,34 y 10,61, principalmente, aunque, dentro de un epigrama más largo y dedicado a otro asunto, también le dedica un recuerdo entrañable en 5,37 (los cuatro versos que van del 134 al 137; después de todo, el epigrama 10,61 sólo abarca seis versos); de ellos el 5,34 y el 10,61 están escritos en hexámetros y el 5,37 en trímetros yámbicos escazontes o coliambos. Pues bien, en tanto que en los dos primeros casos, el de Glaucias y el de Ántula, podemos considerar la pareja de epigramas como sendas variaciones literarias sobre el mismo tema (posiblemente, a Marcial no le dejó satisfecho ninguna de las cuatro redacciones), en el último caso, el de Erotión, la situación es bien diferente, y ello por razones obvias: en efecto, mientras que en los dos primeros casos la redacción de los epigramas correspondientes se hizo en fechas contiguas o quién sabe si no el mismo día, en el caso de Erotión, tanto porque el 5,34 y el 5,37 tienen por objeto temas diferentes (el primero, llorar a Erotión; el segundo, burlarse de los falsos sentimientos de un tal Peto), como porque el tercero, el 10,61, fue redactado nueve años más tarde, en una situación y estado anímico completamente diferente: el poeta va a abandonar las tierras donde ha enterrado a su pequeño amor, y, tristemente, se despide de éste una vez más. Pues bien, respecto a Glaucias, por último, ya hemos señalado más arriba cómo Estacio ha dedicado una larga silva a llorar la suerte de este niño. Marcial (6,28,8-9) nos recuerda que, lo mismo que la hija de Gayo Minicio Fundano (Plinio, *Epist.*, 5,16), estaba a punto de cumplir los trece años, y recoge en sus breves epigramas (18 versos entre los dos, frente a los 234 hexámetros de la silva de Estacio) datos que coinciden punto por punto con los del poeta flavio: a) Estacio, 2,1,20: *spectatumque Vrbi scelus*; Marcial, 6,28,2: *tota qui cecidit dolente Roma*; b) Estacio, vv. 176-177: *agmina Flaminio quae limite Moluius agger / transuehit*; Marcial, 6,28,4-5: *hoc sub marmore Glaucias humatus / iuncto Flaminiae iacet sepulcro*; c) Estacio, v. 178: «por su belleza y por su edad se merece el duelo»; Marcial, 6,28,7: «afortunado en belleza»; cf. también 6,29,5: «se le concedió por su carácter y belleza»; etc.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDORLINI, I. - MARCONE, A. (2004), *Medicina, medico e società nel mondo antico*, Florencia.
- BODSON, A. (1966), «Sénèque et le suicide», en *Actas del Congreso internacional de filosofía en conmemoración de Séneca en el XIX centenario de su muerte. II*, Madrid, pp. 93-107.
- CONDE, M. (1996), *Introducción a los tratados médicos latinos*, Madrid.
- CONDE PARRADO, P. (2003), *El «de medicina» de C. Celso en el Renacimiento*, Valladolid.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J. (2005), *Plinio el Joven. Cartas*, Madrid.
- GOUREVITCH, D. (1969), «Suicide among the sick in classical Antiquity», *Bulletin of the History of Medicine* 43, pp. 501-518.
- MIGLIORINI, P. (1997), *Scienza e terminologia medica nella letteratura latina di età neroniana*, Frankfurt am Main.
- MOLERO ALCARAZ, L. (2004), «Medicina y Humanitas en la literatura latina», en *Actas del IV Simposio interdisciplinar de Medicina y Literatura*, Sevilla, pp. 210-214.
- MORENO SOLDEVILA, R. (2003), «Médicos y enfermos en los epigramas de Marcial», *Actas II Simposio Medicina y Literatura*, Sevilla, pp. 125-133.
- MORENO, R. - FERNÁNDEZ VALVERDE, J. - MONTERO CARTELLE, E. (2004-2005), *Marco Valerio Marcial. Epigramas. I-II*. Madrid.
- NUTTON, V. (2004), *Ancient medicine*, Londres - Nueva York.
- PEYER, B. - REMUND, M. (1928), *Medizinisches aus Martial mit Ergänzungen aus Juvenal*, Zürich.
- PHILLIMORE, J.S. (1962 [= 1905]), *P. Papini Stati Silvae*, Oxford.
- SCARBOROUGH, J. (1969a), *Roman medicine*, London.
- SCARBOROUGH, J. (1969b), «Romans and physicians», *CJ* 65, pp. 296-306.
- SEGURA RAMOS, B. (1996), *Juvenal. Sátiras*, Madrid.
- SERBAT, G. (1995), *Celse. De la médecine, Livres I-II*. París.
- STRACHAN, J.C.G. (1970), «Who did forbide suicide at *Phaedo* 62b», *CQ* 20, 216-220.
- TRISOGLIO, F. (1996 [= 1973]), *Opere di Plinio Cecilio Secundo*, Turín, 2 vols.

### APÉNDICE: *Loci auctorum Latinorum laudati*

- Plinio (*Epístolas*): 1,12; 22; 2,1; 20; 3,1; 6; 7; 9; 11; 14; 16; 21; 4,2; 7; 21; 22; 23; 24; 5,5; 19; 21; 26; 6,2; 4; 7; 10; 16; 24; 7,1; 19; 21; 23; 24; 26; 27; 8,1; 5; 11; 18; 23; 9,1; 9; 10,5; 11 (= 44)
- Marcial (*Epigramas*): 1,13; 42; 78; 88; 101; 114; 116; 2,26; 4,54; 5,34; 6,28; 29; 31; 52; 53; 68; 85; 7,96; 9,29; 30; 10,61; 63; 11,13; 91; 12,56 (= 25)
- Estacio (*Silvas*): 1,4; 2,1; 6; 3,3; 5,1; 3; 5 (= 7)
- Juvenal (*Sátiras*): 9,16-17; 10,188-288; 11,203-204; 12,98-99; 14,57-58 (= 5)